Ramón Rubín ha preferido encontrar los temas centrales de su obra literaria en la vida apartada de las razas indígenas de México. Fruto casi siempre de la observación directa en regiones poco permeadas por la civilización europea, sus cuentos y novelas participan por igual del interés literario y de la aportación a las investigaciones etnológicas y antropológicas. Lejos se hallan, pues, de ser lo que se considera "literatura pura". Al contrario, sus virtudes se cifran en intentar descubrir y rescatar para el arte las raíces vitales de lo que describen.

La acción de *La bruma lo vuelve azul* se sitúa entre los indios huicholes —ahora muy estudiados pero prácticamente desconocidos en la fecha de publicación de la novela, 1954— y es un reflejo de las relaciones sociales y de las jerarquías establecidas en esa comunidad. Con un estilo sencillo que se ciñe al relato, Rubín nos da a conocer existencias primitivas que se rigen por leyes y costumbres propias y aprovecha las creencias supersticiosas que presiden muchos de los actos de los huicholes para dar mayor interés a la trama.

El autor ha conocido, por dilatada convivialidad, el mundo descrito en estas páginas y ha sabido percibir su espíritu y trasmutar en páginas intensas las reacciones psicológicas y los usos de sus habitantes, a menudo ajenos a la generalidad de la sociedad mexicana.

9 789681 654443

$ 70.00

Ramón Rubín LA BRUMA LO VUELVE AZUL

Ramón Rubín

LA BRUMA LO VUELVE AZUL

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

PRIMERA PARTE

1

Convocadas por el canto y el tambor de los sacerdotes indios, las nubes fueron descendiendo hasta reposar en las quiebras de la serranía. Y la llovizna cuajó lágrimas de placer sobre las sedientas hojas de los robles y oyameles.

Seguido por los numerosos miembros de su familia y por cuatro perros flacos y acezantes, complemento dispendioso de su pobre hogar, el *huichol* Antonio Mijares rompía la marcha. Bajaban y subían por un sendero sin huellas, entre crestas de basalto y barrancas de piedra aluvial.

La humedad iba poniendo resbalosa la arcilla de los tramos blandos y la suela del huarache no hacía firme su pisada en ellos. Al patinar, los cuerpos se bamboleaban, precipitándose en el descenso y bregando sin éxito en la ascensión... Hasta que conseguían un alivio en los trechos de tierra cretácea.

Duro y rígido, el gesto de Antonio Mijares lo delataba indiferente a tales fatigas físicas. No volvía los ojos ni una sola vez para interesarse en las peripecias de su cauda humana. Y en toda

su actitud era fácil advertir, preponderante, el abrumo moral de la vergüenza.

Un afán espoleaba su deseo de arribar cuanto antes a Santa Catarina: la ilusión por el espectáculo de aquella cuarta de nervio duro, con sus cinco ramales embolados, que un *topil* despojado de flaquezas por la conciencia de la dura ley tribal y del enojo de los dioses, haría zumbar con estrépito de silbos y restalladas sobre la espalda desnuda de su mujer.

Cada latigazo abriría cinco surcos de sangre en la epidermis morena y sedosa… Pero, a la vez, iba a arrancar un pedazo de la púa moral que traspasaba el corazón del ofendido.

Lupe Kuyertzituxa, la presunta víctima, se arrastraba penosamente bajo la doble densidad de la carga y la congoja. Manteníase a una distancia nunca inferior a los diez metros del esposo. Y lloraba su pena sin aspavientos, pero como si la invadiera el temor de una honda y reposada amargura. Era una india joven, de facciones finas y carnes escasas, peinada en una trenza gruesa, los extremos de cuyo listón le ceñían la cabeza desde la frente a la nuca, y reposando sobre ese tocado un sombrero de palma de copa mínima, semejante al del hombre en todo menos en las motas que colgaban del festón del ala, las cuales explicaban en el varón la cuantía de su fortuna, en tanto que unos listones cruzados proclamaban su estado social.

La enagua y el *chikure*, de manta sencilla aunque muy ricamente bordada, lucían hechos jirones. Y a través de éstos era fácil apreciar, sobre su carne, las equimosis y rasguños que le dejara el maltrato.

Pero el dolor físico de aquellas mataduras no venía a resultar en modo alguno determinante en su aflicción. Ésta, como la del marido, era de índole moral. Y tampoco el conocimiento de que confrontaba un gran riesgo a caer en el cepo de tortura o víctima de una brutal flagelación, hubiese podido lacerarla más vivamente.

Ni durante la pausa que hicieron al amparo del saliente de una ladera rocosa para calentar y comerse unas tortillas, osó la menor conversación interrumpir su ensimismamiento.

Y así continuaron el camino hasta que, mediando la tarde y con las cortinas de lluvia de un aguacero azotándoles el rostro, transpusieron un cerro mondo, un erial, y empezaron a descender la vertiente a cuya mitad levanta su humilde chocerío la que es meca y metrópoli de toda la raza.

II

Fue el año en que Román Martínez Okui desempeñaba el puesto de *Itzucame* de la venerable tribu *huichol*. Y a él le tocó presidir aquel juicio.

Dicho funcionario contaba apenas tres déca-

das. Mas, tan corta edad no era impedimento para el dominio de la sabiduría en su delicada gestión. Una costumbre prudente obliga a los gobernadores indios a hacerse asesorar por *xayácates* arrugados y mustios, cuyos párpados apenas conservan fuerza para abrirse al paso de la turbia mirada, pero que llevan en su entendimiento los recursos de una experiencia casi secular. Y en aquella ocasión le asistían, además de éstos, la mayor parte de los *mariacanes* de su pueblo, pues habían acudido a la pobre capital de la confederación *huichol* para asistir a una fiesta.

Estaban todos ellos encaramados sobre un hacinamiento de troncos húmedos en las afueras del *calihué*, armados los principales con plumas de milano y de aguililla que reforzarían su sapiencia y curiosos ya por conocer los pormenores más íntimos del litigio.

Los rayos de un sol triunfante de las cortinas de nubes sucias que llovieran torrentes la tarde anterior quemábanles con furor la espalda.

Un corto bastón de palobrasil que esgrimía en la diestra, identificaba la mayor autoridad de Román Okui.

Lupe Kuyertzituxa gemía, derribada ante ellos sobre el polvo del patio que atomizara el frenético pataleo de cien generaciones de danzantes y *matachines*. Y a su marido veíasele en pie, casi a su lado, inmerso en ostensible enojo, mirando a los jueces con una fijeza conminativa y muy empe-

rifollado con todas sus guarniciones de cintos y bolsas bordados, porque una vez resuelto aquel delicado asunto también él esperaba compartir la fiesta.

Era obvia la mayor parte de las preguntas del interrogatorio. Los jurados lo conocían todo ya. Pero no se hubiese podido prescindir de hacerlas sin restarle al ceremonial su necesarísima prosopopeya. El tiempo, al fin, carecía de valor para todos los reunidos. Y la buena administración del coloquio resultaba lo más importante en el acto de impartir justicia, pues en él se enumeraban y definían los principios éticos tradicionales de la tribu, mucho más trascendentes que los conflictos personales de cada uno de sus individuos.

—¿De pa onde vienen? —indagó, pues, el *Itzucame*.

—Del rumbo de Guadalupe Ocotán —repuso el ofendido.

—*¿Ras coamet?*... ¿Qué los trai?... ¿Qué cosa se les ofrece con sus mayores en Santa Catarina?

—Vine a poner mi queja contra esta *oká*, y a traírsela para el castigo —adujo fríamente y sin señalar siquiera a Lupe Kuyertzituxa.

—Pues ¿qué ofensa te hizo ella?... ¿De qué perjuicio la acusas?

—Me ofendió con un *vecino*... Él la alcanzó en el monte cuando andaba en la leña... Asina de chiruda y revolcada como la miran me llegó a la casa.

Hubo una pausa impregnada de imaginación en el concilio.

Luego, el gobernador continuó inquiriendo:

—¿Es tu primera mujer? ¿La legítima? ¿La que te escogieron tus tatas?

—Lo es... Aquí mesmo, 'nese templo, ante nuestro Hermano Mayor que está en la cruz de palo y ante nuestra Madre Guadalupe, nos casaron va pa los cuatro años... Y también en el *calihué* de nuestros mayores... Tata Simón Patiño, que miran ai, entre ustedes, ju el *tatehuarit* que nos echó sus bendiciones.

Hizo una pausa mientras el aludido se dignaba mover afirmativamente la cabeza. Y luego continuó:

—No li aunque ella no me haiga dado hijos; yo le di su lugar, le conseguí mis otras cuatro mujeres pa que la ayuden y pa que *la mano* esté completa, y tuvo lo que de bien a bien se merece... ¡Pero no le almito esta deshonra!...

Los del parapeto lo escuchaban sin emoción visible. Casi sin interés. Iban bajando gradualmente la vista a la *huichola*, cuyas carnes morenas asomaban por entre los harapos que la malcubrían pareciendo estremecerse al compás de los sollozos.

Uno de los ancianos susurró algo a los oídos del gobernador. Y éste tradujo al punto la pregunta, dirigiéndose todavía al quejoso:

—¿Le hicistes tú esas mataduras que ella trai en su carne?

—No —se apresuró a contestar—. No jui yo... Bien me dieron ganas de maltratarla; pero yo soy *mariacán* en mi pueblo y sé qu'era cosa que'bian de castigar los que nos miran desde lo alto... O grado caso ustedes, que tienen su autoridá... Y me la truje.

—¿Quién l'hizo, pues, esas mataduras?

—Seguro el que la forzó.

—¿Y qué pides tú contra tu mujer?

Mijares titubeaba. Algo como un atisbo de piedad lo contuvo unos momentos. Pero se sobrepuso a la flaqueza. Y reforzando la energía de su petición con un gesto agrio respondió:

—De menos, que la pongan en el cepo cinco días y le den diario su buena *arroba* de azotes.

Los jueces lo oyeron sin inmutarse.

Tampoco ella hizo intento alguno de levantar la cabeza ni se le pudo advertir un movimiento de sobresalto que diese fe de que lo estaba escuchando.

Uno de los consejeros volvió a murmurar algo al oído del gobernador. Y Román Okui lo reprodujo sin demora:

—¿No se desfendió tu esposa?

Pudo verse a Mijares un tanto desconcertado por aquella pregunta. Adujo, sincero:

—Seguro sí, pa lo feo que la maltrataron... Pero dizque aparte del creminal eran otros tres *vecinos*, y qu'ellos se la atilincaban en lo que la ofendía.

Hubo un breve cuchicheo en la tribuna. Deliberaban... Después brotó la sentencia de labios del *Itzucame*, que se había incorporado en su asiento con el bastón de mando en lo alto:

—Quienes han de ser castigados son los vecinos que la forzaron. ¡Y algún día lo han de pagar! Tu mujer no tuvo culpa. Que la alcen de a'i y la lleven al *calihué* pa fin de que te la devuelvan y entrieguen purificada.

III

Lupe Kuyertzituxa penetró en el templo pagano sostenida y acompañada por las otras cuatro mujeres del ofendido, que hasta entonces se mantuvieran en un segundo término y a una distancia prudente.

Estaba allí uno de los sacerdotes o *mariacanes* apagando las ascuas que ardían en el hogar del dios *Tatehuarit*, dentro de un pozo abierto en el suelo a mitad del recinto oval techado con paja.

El gobernador y su séquito entraron asimismo. Y en espera de que el *mariacán* terminase su labor, procedieron a tomar asiento sobre el piso, a uno de los extremos, recargados contra la pared de piedra volcánica del *calihué*.

Sumiso, aunque contrariado, acudió también Mijares. Probablemente estimaba que habían sido muy benévolos con aquella esposa que no supo morir en defensa del honor de su marido. Y ello era de una gran significación como pauta de la condición rebelde de su carácter, pues el sometimiento y la obediencia a las decisiones de los ancianos, por cuya boca habla la sabiduría de los dioses, son entre los *huicholes* tan definitivos que casi constituyen la columna básica de toda su estructura social.

Lo había traído a Santa Catarina el maduro convencimiento de que su mujer iba a sufrir un riguroso castigo. Y no podía menos de sentirse defraudado con aquella sentencia que dejaba todas sus esperanzas de desquite atenidas a la precaria posibilidad de cobrarles, a quienes la atropellaron, la ofensa que sobresaltó su delicadeza.

A pesar de su bien razonado escepticismo en cuanto a las opciones que tenía de alcanzar un éxito en ello, iba consolidándose ya en su voluntad la decisión de procurarse por sí mismo la venganza, espiando al violador hasta que se le presentara la ocasión de darle muerte. De otra manera, el atropello quedaría impune, a merced únicamente de lo que resolviesen hacer los dioses. Y éstos, cuando se trataba de castigar las depredaciones de un *vecino*, no solían mostrarse muy diligentes; y a lo mejor dejaban pasar años y años antes de tomar un pedazo de estrella y arrojarla sobre el forajido, aplastándole con él.

Por lo demás, los cauces y los recursos de que se valían las autoridades de la tribu para castigar

en el violador aquella falta, aparte de mayormente lentos, parecían muy ineficaces en las circunstancias.

El que había escarnecido su honor violando a su mujer era nada menos que un blanco llamado José de Jesús Ángeles, y conocido por *el Cuatrodedos* a causa de la mutilación de las tres falanges del índice derecho a manos de un mayordomo de hacienda brutal, que quiso, cuando él era mozalbete, hacerle desistir así de su afición a las pistolas. Desde los tiempos de la Revolución anduvo en armas. Y cuando ésta se impuso y la lucha civil dejó los cauces militares para entrar por los de la legalidad y dirigir los destinos del país ordenadamente, él, que no sentía ningún deseo de dedicarse al trabajo, se convirtió en forajido. Capitaneaba una banda de asaltantes, mestizos como él, y que, huyendo de las autoridades mexicanas que le habían puesto precio a sus cabezas, vinieron a ocultarse en la escarpada sierra de los *huicholes*, convirtiéndose en el azote de esta tribu.

La necesaria actividad de estos desalmados era la depredación y el atropello. Robaban y carneaban las reses de los indios, destruían los *cuexcomates* de sus *coamiles* para apropiarse el maíz guardado en ellos, violaban a las mujeres solteras y casadas y hasta solían profanar los adoratorios paganos, llevados por una supersticiosa y necia esperanza de encontrar enterrados en ellos teso-

ros míticos, a la vez que por el desprecio a aquella religión que no era la suya.

Puesto que casi completaban la docena, que eran gente brava y de pelea y que iban perfectamente armados de pistola y carabina, la tribu resultó impotente para reprimir sus desmanes. Y se tragaba una y otra vez su enojo, en espera de una circunstancia afortunada que favoreciese la aplicación de la ley o algo que pudiera suplirla.

Habría sido, pues, mucho más fácil vengar en su mujer la afrenta de que se consideraba víctima la dignidad de Antonio Mijares. Y estimándolo así, aún después de que el concilio la absolvió continuaba rehuyendo sus miradas y dándole pábulo a un sentimiento rencoroso, con vivos matices de animosidad y de odio insatisfecho.

Transcurrido un rato, llegó una *tenancha* con la jícara votiva, que contenía unos copos de algodón y dos figuritas de terracota destinadas a representar a los novios durante los casamientos. Y la puso en manos de un *mariacán* de los que se hallaban sentados. Éste comenzó a rezar cierta extraña letanía.

Una vez que la ceniza del dios *Tatehuarit* estuvo bien apagada, el *Itzucame* levantó el bastón autorizando el comienzo de la ceremonia. Y las cuatro mujeres procedieron a desnudar a Lupe Kuyertzituxa.

El sacerdote que apagara las ascuas trajo un *petate* y lo extendió sobre la ceniza caliente. Y, en

seguida, un segundo oficiante puso sobre él una cobija de lana. Luego, aquellos dos solemnes maestros de ceremonias se encaminaron, uno hacia el extremo poniente del recinto y el otro hacia el oriente, y desde allí procedieron a gesticular, invocando a las deidades que debían estar asomadas por esos lados del horizonte presenciando el rito desde donde la distancia y la bruma vuelven azules todas las perspectivas. Por si acaso hubiera alguna por los lados norte y sur, desprendiéronse otros dos *mariacanes* rezanderos de los que acompañaban al *Itzucame* y fueron a ocupar esos extremos imitando la invocación. Todavía hubo un quinto que volvió su rostro hacia el techo, para convocar a las que tal vez estuvieran atisbando desde arriba.

Cuando la mujer desnuda fue llevada hasta la cobija y acostada en ella, cubriéndola con otro petate y otra frazada, vino el *tatehuarit* u oficiante del dios del fuego, colocó a su lado la jícara votiva y un minúsculo *equipal para que se sentara el dios* y llevando en la mano dos plumas largas y bermejas, de guacamayo, dio comienzo a una serie de misteriosos exorcismos. Miraba alternativamente al cenit y al suelo mientras iba paseándose entre los dos *timules* que sostenían la techumbre abrumada de ofrendas del *calihué*.

Clamaba al dios del fuego, cuya potestad representaba, pidiéndole que purificase a la mujer violada y se la restituyese al marido sana y libre

de todas las vergüenzas y todos los oprobios; pero sin aludir por su nombre a la deidad, a base de complicados eufemismos, como lo exige el gran respeto que su excelencia merece.

El rezo duró largo rato.

Hasta que pudo considerarse que había llenado su trascendental cometido y Lupe fue extraída de bajo el petate y la manta, sudorosa y sofocada por el calor que de la ceniza trascendía, entregándosela a las mujeres para que la vistieran.

Entonces el *Itzucame*, puesto en pie y sin descender de una solemnidad casi inspirada, se encaró con el marido y le dijo:

—Te la entriegamos por buena… Pa que te olvides y te la lleves a tu casa.

IV

No se marcharon entonces. Aún anhelaban compartir los excesos de la fiesta. Además, les resultaba necesario para conservarse en gracia con sus dioses que se bañaran por lo menos una vez durante el tiempo de secas, en que solían hacer vida nómada, con agua de la sagrada fuente *Te-acata*. Y fueron de visita con un pariente que vivía allí, para saludarlo y para ver si les prestaba dos cántaros en los cuales recogerla y llevársela.

La alegría que el encuentro produjo motivó que en el acto apareciesen dos botellas de *raicilla*

y una damajuana de *toch* para celebrarlo. Y, con éstas y el *peyote*, la reunión no tardaría mucho en volverse placentera y animada.

Las mujeres y niños bebieron también en abundancia. Y gracias a ello Lupe Kuyertzituxa, abandonando el abatimiento de su zozobra anterior, empezó a mostrar en los ojos negros un brillo de tímida alegría.

Ello produjo un pésimo efecto en el ánimo del marido, muy trastornado por las abundantes libaciones.

Andábale a Antonio por dentro, arando cuevas en su difícil pasividad, el armadillo de la indisposición contra lo benigna que había sido la sentencia. Y al percibir en su mujer aquella dicha timorata, se le consolidó violentamente el malestar que ello originaba. Se puso a considerar con amargura lo fácil que era sentirse feliz después de pagar a tan bajo precio una falta así de grave.

Durante la ceremonia, su inconformidad se había visto distorsionada tanto por el atávico respeto a las deidades que debían estar presentes como por el recuerdo atormentado y morboso de aquella noche de cuatro años antes, cuando sus padrinos de matrimonio los acostaron juntos y desnudos a él y a Lupe entre las mantas y las esteras recalentadas, para que al amparo del dios *Tatehuarit* que moraba en la hornilla realizasen su primera comunión carnal. Conservaba una impresión tan grata de esa lejana hora que, al

evocarla e imaginársela revivida, su naturaleza se mantuvo tensa, facilitándole así el olvido de ese odio que persistía en sus sentimientos.

Mas, ahora, borradas las emociones de esa remembranza dichosa y cuando la influencia del trago le iba apartando de toda reflexión ecuánime, los términos se invertían. Y el malestar de su vergüenza insatisfecha recuperaba la preeminencia, volviendo intranscendente todo lo demás.

Al verla sonreír, ello cobró perfiles agudos.

Pudo dominarse aún durante las primeras horas de la noche. Pero esa continencia no hizo otra cosa que ir sobreexcitando el resentimiento. Y a medida que la embriaguez fue posesionándose de su voluntad y entorpeciéndole el juicio, un afán de violencias espoleó con furia en ellos hasta tornarlos enloquecidos.

La primera risa abierta de la *huichola* colmaría aquella inquina, operando como detonante en su explosión colérica. Y al sobrevenir, la sintió como burla hiriente de su desdichada humillación, y tomó bruscamente de una mano a la mujer para llevársela punto menos que a rastras a un cercano bosquecillo de *guásimas*, donde la arrojó de bruces y bestialmente contra el tronco áspero de un árbol.

Lupe, como los demás, había imaginado que se trataba de cumplimentar un inoportuno apremio amoroso. Y aun al sentirse lastimada por la brusquedad quiso atribuirlo a la tensión morbosa que

habían acumulado los acontecimientos. Sin embargo, cuando el dolor del maltrato se fue volviendo insoportablemente agudo, intentó gritar. Pero, armándose de una rama, el marido empezó a golpearla con frenesí asesino en la cabeza y en la espalda mientras le reprochaba furioso:

—¡Entonces jue cuando debiste chillar! ¡No 'hora!... ¡¡Cierra el hocico!!... ¡¡Ciérralo!!...

Cesó de pegarle cuando pudo ver que ella se desplomaba sin sentido.

Con la respiración jadeante y convulsa y conmocionado por una excitación de impulsos sádicos que parecía pedir una culminación del desahogo poseyéndola en lo inerte del desmayo, se mantuvo sin embargo contemplándola, apuntalado por el rencor que aún hervía preponderante en sus sentimientos. La mujer parecía muerta. Y la idea que pudiera haberla asesinado, empezaba a despertar un temblor de espanto en sus carnes.

Temió haberse excedido en su brutalidad.

Y temeroso de confirmarlo, se propuso huir de allí.

Pero aturdido y sin ningún plan que definiera sus propósitos, volvió con premura hacia el hogar de aquellos parientes, a ver si recobraba el valor y una orientación para sus actos a merced de unos tragos más de bebida.

La *raicilla*, sin embargo, se le agotaba en el resumidero de la garganta sin que consiguiese aplacar su desconcierto... Hasta que el hartazgo de *toch*

y el continuo recurrir al *peyote* acabaron imponiéndose, dejándole sumergido en un sopor estulto e incapaz de coordinar ni una mala idea.

Todavía estaba hundido en aquellos mundos neblinosos a la mañana siguiente, cuando llegaron a buscarle los *topiles* comisionados para hacer que compareciera a rendir cuentas ante los jueces de su pueblo.

Alguien, que iba pasando, había escuchado los sollozos y lamentos de Lupe Kuyertzituxa. Y, guiado por ellos, la descubrió entre los matorrales, rescatándola bañada en sangre y medio tullida de los miembros, trayéndola a presencia del gobernador y de sus conspicuos asesores.

Hallábase Antonio Mijares demasiado borracho para que pudiera responder lúcidamente a las interpelaciones de un juicio público. También lo estaban en considerable medida los que le juzgaban, amén de deseosos de continuar el jolgorio y molestos por aquella contingencia que interrumpía su dedicación a él. Y considerando que la culpa era evidente y que, al no aceptar por buenas las resoluciones de un concilio civil que interpretaba los deseos de la divinidad y poner con su conducta en entredicho la capacidad de *Tatehuarit* para devolverle a su mujer tan pura y limpia como lo estuvo antes del atropello, había ofendido de gravedad a las deidades protectoras de su pueblo, se resolvió administrarle en el acto y sin mayores preámbulos un duro correctivo que las desagraviara.

Fue atado de manos después de aprisionárselas entre las muescas de las dos vigas del cepo, desnudáronsele las espaldas de las bandoleras de bolsas y talegas, del pañolón de franela azul pavo y de la camisa de manta trigueña, y con la cuarta de nervio duro y cinco ramales embolados se le propinaron dos *arrobas* de azotes que vinieron a trazar un complicado mapa de cardenales sobre su epidermis cobriza.

El dolor disipó la borrachera, permitiéndole rescatar su cerebro del terrible embotamiento. Y tuvo entonces más clara y honda que la de su tortura física, la noción del escarnio moral que paralelamente representaba aquel castigo. Él, que era el ofendido, había traído a su mujer para que la castigaran, y mientras ella salió indemne él tendría que volver a rumiar en su jacal la afrenta de estos azotes.

Mas, una vez advertido severamente de que correría suerte mucho peor si osaba reincidir en el maltrato a su esposa, fue sometiéndose a esa fatalidad aciaga. Y seguido de Lupe y de toda la caravana familiar, partió para Guadalupe Ocotán, demasiado doliente de sus heridas morales y físicas para reconciliarse con las alegrías de la fiesta que continuaba en medio de gran alborozo.

Diríase que, viéndolo ir, *Tayao*, el sol padre de todos los dioses, se burlaba de él con sus carcajadas de lumbre. Y que, hasta la juiciosa *Nacahué*, la ancianita madre de la vida que mora bajo la

tierra y hace que broten los árboles y las yerbas, tendía redes de abrojos entre sus pies para expresarle, sardónica, su befa y su regocijo.

V

Sólo dos días iba a permanecer en su jacal de la comarca de Guadalupe Ocotán. Aquella doble frustración le había restado a su dignidad el mejor de los soportes. Un indio que ha sido públicamente ultrajado no puede seguir viviendo en sociedad mientras no resarce de la humillación a su amor propio. Perdió los accesos al orgullo, que es lo único verdaderamente importante que posee y la sensación del ridículo que gravita sobre él va convirtiéndosele en una amargura que todo lo invade y lo echa a perder. No le queda más camino que la violencia, contra los demás o contra él mismo. Y desemboca fatalmente en ella porque la muerte, que es la suprema amenaza física, se le va poco a poco antojando una buena evasión de su ignominia.

No le hubiera resultado posible apalear de nuevo a Lupe sin que lo atasen al palo del *bramadero*, lo azotaran diariamente y le echaran sal en las heridas hasta que se muriera de hambre y de sed, después de acumular mayores elementos al oprobio que padecía... Su único desquite posible estaba en suplantar las funciones de la lenta justicia

tribal partiendo en busca de *el Cuatrodedos* y de una oportunidad para cobrarle en sangre su ultraje.

Generosa y cortésmente, un sobrino se ofreció a asistirle en tan difícil empresa. Pero él rechazó el servicio. Se sentía más a gusto a solas con su vergonzosa pena. Sus mujeres cuidarían de rezarle a los dioses porque la cosecha en su *coamil* fuera abundante, de ir edificando con piedra volcánica el *cuexcomate* y de guardar en él las mazorcas que recogiesen, a fin de conservarlas allí hasta la próxima temporada de lluvias, en que la necesidad de sembrar de nuevo los retornaría a la vida sedentaria.

Un amigo le facilitó su "30-30" y dos cartucheras cuyos tiros no todos correspondían al calibre del arma. También se previno del arco y de abundantes flechas, emponzoñadas algunas con *caechi* para cuando *el Cuatrodedos* o cualquiera de los de su cuadrilla se colocaran a su alcance, y las otras sin envenenar para usarlas en la cacería. Llevaba además un tranchete que estuvo afilando con meticulosidad de ceremonia ritual por ocho horas continuas.

Añadidos a tan pavoroso arsenal el eslabón, el pedernal y la yesca para hacer lumbre, su buena provisión de *pinole, tejuino* y *peyote* y un primitivo violín de sólo dos cuerdas con el que se procuraría solaz en los momentos de reposo, se encomendó a los dioses y partió rumbo al Oriente,

por donde le habían informado que su enemigo merodeaba.

A medida que iba recogiendo noticias de los forajidos, pudo percatarse de que éstas le llevarían hasta los territorios del hombre blanco; pues, al parecer, ya andaban incursionando por ellos.

Atemorizábale un poco marchar solo y tan lejos de su pueblo. Pero no cedería, por cierto, a tales flaquezas. En su vida no alentaba entonces otro propósito que aquella venganza, y a realizarla se debía sin regateos medrosos, en cuerpo y alma.

Iba a ser el dios *Jiculi* el mejor aliado en su pesquisa. Masticándole, todo *huichol* cree adquirir una lucidez tan fabulosa que casi se siente convertido en un ser sobrenatural, capaz de los más extravagantes poderes. Puede escuchar las pisadas de un *yagüi* o de cualquier otra alimaña que lo siga o lo preceda a tres leguas de distancia; es capaz de adivinar el pensamiento de quienes conversan con él o lo contemplan al paso desde el borde del camino; sabe si va a llover o hará buen tiempo; y se halla en condiciones de marchar a pie indefinidamente, sin desfallecimientos, a través de los cerros y barrancas, de las noches y los días… ¿Qué mejor secuaz podía ambicionar en la llevada a efecto de tan intrépida aventura?

Por lo demás, no encontraba motivo que le moviera a exasperarse.

¿Para qué? El tiempo era entonces y todo él

parte de lo dedicado a esa suprema misión de vengar la afrenta que le infiriese *el Cuatrodedos;* y podía considerar que ya estaba abismado de modo definitivo en la tarea y gozarse en la satisfacción y el orgullo que el hecho de cumplimentarla le representaba.

VI

Antonio Mijares regresó a su pueblo cinco meses después de su partida. Traía la cabeza alta y el ánimo despejado y jovial. Era de todo punto evidente que consideraba haber cumplido su misión y que se sentía muy contento de ello.

Encontró el paraje solo, abandonado, invadido por la maleza y el herbazal. Únicamente en el *kihí* familiar esperaban sumisas sus cinco mujeres y las criaturas respectivas. Los demás, levantada la cosecha, fuéronse a correr el mundo hostigados por el hábito ancestral que conserva nómada a la tribu.

Ello le privó de la gran satisfacción de exhibir ante todos sus convecinos el escroto mutilado de su enemigo muerto, que traía como galardón y muestra de su triunfo y como tácita advertencia de lo que su severidad esperaba hacer con cualquier otro que pretendiese atropellar su honra mancillando a alguna de sus mujeres.

Éstas no dejaron de horrorizarse. Pero, a la postre, el orgullo de tener un marido tan digno,

tan valiente y tan celoso de sus actos dominó la repugnancia. Debieron compartir su ufanía por la posesión de aquel órgano putrefacto que él guardaba cuidadosamente, envuelto en tiernas hojas de capomo y con reverencia de matices religiosos, dentro de la mejor de sus talegas bordadas.

Por lo demás, Antonio apenas si se detuvo unas cuantas horas en su casa.

Como estaba a punto de llevarse a cabo en Santa Catarina la *fiesta de violín* a que da lugar la ceremonia anual de *cambiar la vara*, es decir, de elegir nuevo gobernador, y con tal motivo acudían abundantes delegaciones de la confederación de pueblos *huicholes* de la sierra, siguió hacia allá para exhibir pública y ostentosamente aquel macabro testimonio de que había limpiado su honor, rescatando a su vergüenza y a su dignidad del entredicho.

Esto lo hizo objeto de general estimación, creándole renombre y autoridad entre los indios más representativos por haber librado, de paso, a su raza de un enemigo tan odioso. Le llovieron los beneplácitos. Y obtuvo la promesa de que en el próximo concilio de ancianos se discutiría la conveniencia de otorgarle el honor de ser postulado *Itzucame* para la Navidad del año futuro, en sustitución de este Pedro Yáurtzu que estaba entonces a punto de asumir el mando.

Así que los celebrantes, inmersos ya en una ge-

neral y consistente borrachera, sacaron del templo cristiano las imágenes de Cristo y de la Virgen de Guadalupe para pasearlas por el pueblo en medio de cohetes, danzas, libaciones y alaridos de júbilo, él sintió el deseo de incorporarse a los que traían cintas, bolsas, flores y manojos de plumas para adornarlas, colgándole al tosco crucifijo como ofrenda de su devoción la bolsita con el hediondo producto de la mutilación de *el Cuatrodedos,* sin que a nadie se le ocurriese tomarlo por irreverente. Y después de que se hubieron paseado con ello durante dos noches y sus días, optóse por darle al acontecimiento la adecuada culminación solemne ofrendándoselo al dios nativo *Tatehuarit,* para lo cual se quemó en medio de un complicado ritual sobre el fuego sagrado del *calihué* pagano, si bien con la presencia aprobatoria y gentilmente solidaria de las dos profanadas imágenes cristianas.

Noticias llegadas del territorio del mexicano confirmaron la muerte del forajido en un punto situado entre San Luis de Losada y Santa María del Oro. Y ello volvió obvia la necesidad de que Antonio probase la autenticidad de su testimonio.

Tampoco entró en detalles de las circunstancias indudablemente heroicas que mediaron en lo rotundo de su éxito. Hubiera sido de mal gusto, y era preferible dejar a la imaginación de sus hermanos de raza que tejiera a su gusto una épica leyenda.

La algazara general era, por otra parte, demasiado entusiasta para perder el tiempo exigiéndoselo.

Después de compartir en situación prominente las danzas y borracheras, volvió a Guadalupe Ocotán lleno de orgullo, para indicarles a sus mujeres que se dispusieran a moler el *pinole* y a preparar el *tejuino* necesario en la acostumbrada peregrinación anual por tierras extrañas…

Pero allí estaba aguardándole la razón de una nueva y gran amargura.

Cuando en la noche la llamó a su lado, dispuesto a ungirla con una absolución total y definitiva, pudo notar que Lupe Kuyertzituxa lo seguía eludiendo. Estaba triste la *oká,* como agobiada por un temor hondo e inconfesable. Y al arrimarse a ella, Antonio descubrió con sobresalto que se encontraba grávida.

La inevitable pregunta acudiría a su imaginación con violencia soberana: ¿Grávida de quién?… ¿Acaso sería de José de Jesús Ángeles, *el Cuatrodedos*?…

Rechazóla de su lado con un brutal empellón.

Y el alud de la angustia descendió otra vez sobre su ánimo, empujándole a salir de la choza para considerar su confusión sentado en una piedra, al pie de un *zapote,* abismado en su drama y con el lívido perfil de la madre *Metzere* asistiéndole en su tribulación desde lo alto.

Ya habían previsto sus otras cuatro mujeres esta reacción. Y la mayor de ellas, casi una anciana,

hubo de asumir la enojosa responsabilidad de sosegarlo:

—No la maltrates —le dijo—. El hijo es tuyo… Vas a ver cómo el *uchi tegüi* saca tus ojos… sacará tu boca… te sacará en *la* color.

Nada quiso argüir por entonces Mijares. Él sólo albergaba una sospecha, y acaso esto no era suficiente.

Se tragó sus recelos procurando serenarse y lucir equitativo. No habría podido eludir la consideración de que resultaba asaz extraño que Lupe, que no logró concebir durante cuatro años de matrimonio, fuera a conseguirlo precisamente en vísperas de su asalto y violación por el bandolero. Pero, podía ser… Y a él no le quedaba otro recurso que tragarse su ansiedad y aguardar a que el muchacho naciera.

Si llevaba en sus venas sangre blanca, no podría ocultarlo.

Aunque mestizo, José de Jesús Ángeles tenía la pigmentación de su epidermis tirando a caucásica. Era sanguíneo y rojizo, un poco rubio de pelo y poblado de bigote y barba. Y no habría podido confundirse con indio ni engendrar un pequeño *huichol* que no delatase las mezclas de su origen.

Esperaría.

Y volvió a la choza, arrojando a Lupe fuera del *tapexte*, para que siguiera llorando su desventura entre las otras cuatro mujeres tendidas sobre esteras por los rincones.

VII

Resuelto el rumbo que había de tomar, la familia se echó a cuestas su impedimenta lanzándose al camino. Decidieron seguir por la vértebra espinal de la Sierra Madre hacia el Norte, donde moran los dioses que administran los vientos tempestuosos del aquilón.

Predominaban en aquella ruta los pequeños poblados indios. Primero coras, luego tepehuanes y tepecanos, después tacuichamonas y en un más allá demasiado remoto y difícilmente alcanzable, tarahumaras, mayos y yaquis. Sus choceríos eran también grises, en cierto grado dispersos y con un ritmo existencial casi apagado, pero todos se mostraban igualmente orgullosos de su autonomía, y la hospitalidad suplía en ellos holgadamente a la abundancia proverbial de algunos centros de población mestizos y blancos.

El primitivismo en que vive la raza *huichol* no explica su condición errante. Ellos no son ni más ni menos primitivos que otras tribus indígenas definitivamente sedentarias. Y si se han mantenido nómadas es por inclinación congénita, a la par que por cierto convencimiento, no del todo equivocado, de que los viajes proporcionan energía al cuerpo, solaz al espíritu y una mayor aptitud mental para comprender la vida. En ellos radica precisamente el origen de la sabiduría de los dioses. Éstos pueden recorrer a caballo en las

nubes o en los vientos que administran, grandes porciones del mundo, y así obtienen una perspectiva más vasta de su mecanismo. Igual que las aves, que resultan tan enteradas a merced de la facilidad para desplazarse que sus alas les proporcionan... Y aun el gusano, se libera y dignifica y deja de ser deleznable, cuando le brotan élitros y se ve convertido en mariposa.

Diríase que el *huichol*, con su pañolón aleteante de franela colorida y su afán de vagar de un punto a otro, trata de imitar a estos insectos, disputándoles su dominio de la gracia y la sapiencia.

Por lo demás, la economía de su pueblo, en cierta medida comunal, se halla perfectamente acoplada a tales impulsos nómadas. Si tuvieran que vivir todo el año de la magra cosecha de maíz que levantan con sembrar unos cuantos granos en terreno depauperado y sin labrar, dentro de elementales agujeros que practican con la coa, morirían de hambre. Sólo durante los seis meses de lluvia dependen de esa gramínea. Entonces deben permanecer en sus ranchos para vigilar la cosecha, rendirle pleitesía a los dioses con fiestas y comilonas y eludir los riesgos de las frenéticas tormentas cordilleranas que hinchan los ríos, ocultan las víboras y tornan impracticables los senderos.

El *pinole* y el *tejuino* que llevan por provisión cuando se marchan a vagar por tierras extrañas, no son otra cosa que un complemento circunstancial y muy relativo de la abundante comida que les brinda espontánea la naturaleza. Ésta guarda en sus arcas generosas desde rémoras a pejerreyes en los arroyos y ríos, y una variedad infinita de yerbas, bayas, frutas silvestres, raíces y tubérculos comestibles, así como la sabrosísima miel de las colmenas silvestres. Y cualquiera que poseyendo un paladar tan poco refinado como el de los *huicholes* sepa comprenderla e invocar su ayuda, podrá estar seguro de encontrar en ella al más desprendido de los anfitriones.

Ya que siendo fundamentalmente pacíficos a nadie hacen daño, los errabundos *huicholes* resultan bien acogidos en todas las localidades que visitan. Hasta los alcaldes *vecinos* les proporcionan albergue gratuito bajo los portales de cada presidencia municipal. Y su ocupación en los pueblos de los mexicanos se resume a tocar el violín, a cantar al son de ese instrumento sus empalagosas canciones monorrítmicas y a danzar pesada y machaconamente para merecer una gratificación tan poco solicitada que no encajaría en la definición de limosna. A veces, también, y con la misma finalidad exhibicionista, hacen una demostración de su habilidad disparando una flecha a una moneda que alguien coloca en un relieve de la pared a conveniente distancia. Y si le atinan, la recogen displicentes; desdeñándola si no han conseguido acertar a darle.

Quizás fueran las corrientes fluviales que bajan

a derramar su turbulento caudal en los esteros del Pacífico el obstáculo más serio por el rumbo que Mijares y los suyos escogieron. Pero con la ayuda de *Chacán* y de *Tatei-Ja-Urima*, a quienes procuraban mantener propicios con ofrendas de flechas, figuritas de terracota y tamales de ceniza, y con un poco de paciencia y de tesón para explorar las márgenes hasta toparse con un vado practicable, no les resultaba difícil superarlo.

VIII

Vino a ser así como, a la llegada de la primavera, andaban ya por la sierra del mineral de Topia, en los límites de Durango y Sinaloa. Y como allí decidieron dar vuelta y retroceder hacia el Sur.

El embarazo de Lupe Kuyertzituxa iba muy adelantado y Antonio Mijares había resuelto que el alumbramiento los sorprendiese en las cercanías del puerto de San Blas, pues esperaban poner a la criatura bajo el padrinazgo espiritual del dios *Aramara*.

No hubo contratiempos en el regreso. Y, unas semanas después se encontraban en las inmediaciones de aquel nuevo destino, alojados en un pueblo predominantemente cora y esperando que su mensajero, cierto joven *huichol* hijo de la familia amiga que les diera albergue, retornase de la costa con el informe que fue a recabar: sobre si

el mar permanecía en el sitio de costumbre y podían ir hacia él para pedirle la consagración de la criatura.

Regresó a los tres días de su marcha, confirmando la esperanza de quienes lo enviaron. Con toda circunspección, les dijo:

—Sí. Allí está. Donde mismo.

Y emprendieron entonces el descenso hacia el litoral por veredas que constreñían una selva cada vez más tupida y vigorosa.

La exuberancia de aquella naturaleza no dejaba de presentar facetas de cariz molesto. La *güina* y el *jején* perforábanles la piel desnuda dolorosamente; habían de velar contra el acecho de fieras y de ir calculando cada pisada para no ser mordidos por un crótalo; y sus pulmones extrañaban el aire nítido de las alturas y se sentían fatigados aspirando el espeso vaho salobre que les llegaba al encuentro. Pero algo más allá, al borde de las dilatadas marismas que destacaban calcinadas por un sol reverberante y hendidas por la pala de los salineros, lamía la playa ese mar, alternativamente azul y verde, que envía las nubes a fecundar los plantíos de los indios de la sierra y apadrina con su calidad de dios magnánimo a sus pequeñuelos, para que resulten afortunados en la caza y en la pesquería.

Durante las pausas, las *huicholas* modelaban vasijas de arcilla e iban condimentando tamales de ceniza, mientras Antonio Mijares se dedicaba

a labrar flechas de otate y a tejer un *teacari* con estambre de colores para dejárselo todo como ofrenda.

Cuando el bosque de palmilla se espesó y el cocotero y el manglar se dieron la mano para bailar una danza al compás de los rumores voluptuosos que traía la brisa marina, a Lupe se le ofreció el parto. Y la comitiva hubo de hacer campamento.

De las cuatro mujeres, unas fueron por agua y las demás a cortar *zacate*.

Y ella se puso de rodillas en el suelo, con las piernas abiertas, en tanto el marido la abrazaba por la espalda y, afianzándose con el doblez de su rodilla en los riñones de la esposa, le oprimía fuertemente el abdomen con las manos para facilitar el rápido advenimiento de la criatura.

Con todo y ser primeriza, el parto no tardó más de una hora.

La mayormente vieja de las mujeres estuvo presta a recibir el niño. Y después de cortar el cordón umbilical con una piedra filosa y de lavar con agua fría al recién nacido, envolviólo en unos trapos que para ello había dispuesto.

Antonio Mijares fue acercándose a verle con un temeroso rodeo.

Era un *tehui* esmirriado, feo, demasiado enrojecido y congestionado por el esfuerzo de su llegada a la vida para que se pudiera establecer un grado en su pigmentación, aunque sus ojos parecían extrañamente claros... Salvo esto, era un niño como los demás niños *huicholes* y con los cinco dedos de cada mano completos.

Antonio se sintió relativamente tranquilo.

Sobre el tendido de zacate que las otras mujeres habían hecho colocó la placenta. La envolvió cuidadosamente, atando el paquete con trozos de majagua que descolgara de los árboles y luego se trepó al camichín más frondoso en un bosquecillo inmediato para dejar aquello en la horqueta de dos ramas como ofrenda a *Tatutsi vistehuarit*, dios *huichol* de la infancia.

La parturienta ya estaba en pie y con el huacal a la espalda. Sobre él acomodaron a la criatura para seguir su camino hasta el mar, cuyo aliento húmedo y amargo se sentía muy cercano e infundía su vitalidad en la selva enmarañada y en el manglar sitibundo de las rías.

Así nació Kanamayé. Y ahí empezaba su drama.

sin permitirle que se pare ni pa alentar... Si ella aguanta es que el *no-nitzi* es tuyo; si se te echa, lo más seguro es que no.

Antonio lo hizo así.

Y Lupe se le echó apenas pasado San Juan Bautista, vencida por la fatiga de la carga y la debilidad que motivaba lo reciente del parto.

En realidad, aquel esfuerzo era demasiado brutal, no ya para una recién parida, sino para cualquier persona, incluso una india; pues de las otras cuatro mujeres del *huichol* dos se quedaron rezagadas y las restantes estaban a punto de echársele también.

Pero si Antonio Mijares era suspicaz y receloso en extremo ante casos como el de su incierta paternidad, en cambio resultaba crédulo hasta la ridiculez al enfrentarse con la superstición o la superchería. Y tomando por elemento de juicio para apuntalar su desconfianza el fracaso fisiológico de su mujer, experimentó nuevos impulsos de matarla.

Mas, al recordar la azotaina de la ocasión anterior, confiado aún en la ecuanimidad y sabiduría de los jueces de su pueblo, supuso preferible llevarla por segunda vez a comparecer ante éstos, pidiéndoles que lo relevasen de la obligación de sostener a su mujer y al hijo, o que la castigaran a ella con la merecida dureza por lo que, en cuanto a la insinceridad de su defensa aparente, suponía el hecho de haber resultado fértil con su violador.

Y otra vez se equivocó.

Aquel método comprobatorio recomendado por su pariente no estaba reconocido en los no escritos códigos de la justicia tribal. Y la genuina ética de los *xayácates* y el *Itzucame* emitió una rotunda decisión adversa a toda sentencia de castigo:

—No es prueba que tenga valor... Son tu mujer y tu hijo, y has de respetarlos como tuyos.

Parecióle que todo se había conjurado en contra suya. Y volvió a Guadalupe Ocotán afligido por un hondo desaliento.

Ese reiterado fracaso de sus gestiones ante los que debían de ayudarle a poner a flote su quisquillosa dignidad, iba originando un sedimento de rencores en su ánimo rebelde. Tal vez la tribu entera se le había vuelto hostil, pues se antojaba inexplicable aquel empeño en mantenerlo humillado bajo una abyección de la que hubieran podido eximirle con sólo recetar para su mujer unos cuantos azotes.

Y el anhelo de desahogarse golpeándola se manifestaba cada vez más imperioso, a pesar de que el niño iba pareciendo tan indio como los demás... y que llevaba cabales los cinco dedos de sus manos.

X

El paso de los días no alivió la pesadumbre que se iba haciendo dueña del carácter de Antonio

sin permitirle que se pare ni pa alentar... Si ella aguanta es que el *no-nitzi* es tuyo; si se te echa, lo más seguro es que no.

Antonio lo hizo así.

Y Lupe se le echó apenas pasado San Juan Bautista, vencida por la fatiga de la carga y la debilidad que motivaba lo reciente del parto.

En realidad, aquel esfuerzo era demasiado brutal, no ya para una recién parida, sino para cualquier persona, incluso una india; pues de las otras cuatro mujeres del *huichol* dos se quedaron rezagadas y las restantes estaban a punto de echársele también.

Pero si Antonio Mijares era suspicaz y receloso en extremo ante casos como el de su incierta paternidad, en cambio resultaba crédulo hasta la ridiculez al enfrentarse con la superstición o la superchería. Y tomando por elemento de juicio para apuntalar su desconfianza el fracaso fisiológico de su mujer, experimentó nuevos impulsos de matarla.

Mas, al recordar la azotaina de la ocasión anterior, confiado aún en la ecuanimidad y sabiduría de los jueces de su pueblo, supuso preferible llevarla por segunda vez a comparecer ante éstos, pidiéndoles que lo relevasen de la obligación de sostener a su mujer y al hijo, o que la castigaran a ella con la merecida dureza por lo que, en cuanto a la insinceridad de su defensa aparente, suponía el hecho de haber resultado fértil con su violador.

Y otra vez se equivocó.

Aquel método comprobatorio recomendado por su pariente no estaba reconocido en los no escritos códigos de la justicia tribal. Y la genuina ética de los *xayácates* y el *Itzucame* emitió una rotunda decisión adversa a toda sentencia de castigo:

—No es prueba que tenga valor... Son tu mujer y tu hijo, y has de respetarlos como tuyos.

Parecióle que todo se había conjurado en contra suya. Y volvió a Guadalupe Ocotán afligido por un hondo desaliento.

Ese reiterado fracaso de sus gestiones ante los que debían de ayudarle a poner a flote su quisquillosa dignidad, iba originando un sedimento de rencores en su ánimo rebelde. Tal vez la tribu entera se le había vuelto hostil, pues se antojaba inexplicable aquel empeño en mantenerlo humillado bajo una abyección de la que hubieran podido eximirle con sólo recetar para su mujer unos cuantos azotes.

Y el anhelo de desahogarse golpeándola se manifestaba cada vez más imperioso, a pesar de que el niño iba pareciendo tan indio como los demás... y que llevaba cabales los cinco dedos de sus manos.

X

El paso de los días no alivió la pesadumbre que se iba haciendo dueña del carácter de Antonio

Mijares. Se volvió indiferente con respecto a la prosperidad de su *coamil* y abúlico para las danzas y ceremonias de la liturgia católica y pagana, que antes lo llevaban de un pueblo a otro en pos de sus excesos y sus alegrías. No volvió a concurrir ni al templo del Hermano Mayor que está en la cruz de palo ni al *calihué* de su religión. Y como tenía sucio de rencores el corazón, tampoco pudo acompañar, como lo había hecho en otros años, a los *peyoteros* que marchaban en busca del sagrado *Jículi* a Sierra Hermosa.

Se sentaba al pie de un *tepezalate* cercano a su *kihí* para cavilar su congoja. Y allí permanecía desde un crepúsculo al otro, abismado, inmóvil, como si estuviera enfermo de melancolía.

Compadecido de aquella situación y compenetrado de sus recónditos motivos, un tío suyo, Vicente Capitán, se acercó a hablarle.

—Cuéntame qué te sucede —lo requirió cauta y afablemente.

Antonio no se decidía a responder. Pero, vencido por la buena voluntad y la expectación que advertía en el viejo, acabó reconociendo:

—*Neponetzíhueri.*

—¿Y cuál es tu razón?

Antonio se volvió a verle con expresión exasperada. Un pudor insidioso le impedía desnudarle sin sofoco sus tribulaciones, a la par que le incitaba a hacerlo una necesidad íntima y muy imperiosa de obtener consejo. Y estalló al fin:

—*No nitzi, kaapuc, no-nitzi.*

El anciano sacudió compasivo su cabeza.

—Me late que son nomás abusiones tuyas —adujo—. El *uchi tegüi* es *huichol* de un todo a todo. ¿Qué no lo has mirado?

Nada repuso él.

Entonces, el tío le dijo:

—Precisamente yo venía a pedirte que me lo dieras pa mi ahijado… Que me lo dejes llevar a que lo bauticen.

Antonio levantó los ojos hasta el *xaye* con una mirada en la que había asombro y agradecimiento. Invadíale una sensación dulce, consoladora, frente a aquella generosa actitud. Sólo le molestaba la imposibilidad de distinguir si se trataba de un impulso sincero o de un piadoso y humillante afán de procurarle alivio a su aflicción. Pero los rasgos del viejo mostraban la fijeza inexpresiva de una esfinge y eran un pobre espejo de sus emociones.

Él, no obstante, había descubierto la duda en su interlocutor, y sus palabras perseveraron en la piadosa intención de convencerle:

—Tú bien sabes que a mi *taec* lo mataron ellos, los *vecinos;* y que más nunca se los quise perdonar… ¡No había de bautizar un hijo de ninguno de ellos!… ¿No crees?

A pesar del tono flemático, esta explicación parecía tener el valor de un juramento. Y, sintiéndose acorralado, Mijares iba saliendo de su pro-

longada inmersión en la zozobra y el desaliento para recobrar un adarme de optimismo. Empezaba a brillar en sus ojos la ilusión de que el hijo fuera efectivamente suyo y que no existiesen motivos reales para sentirse afligido.

Trató de argüir, rebelde aún a la conformidad:

—Tenía:nos cuatro años de casados y nunca me bía dado un hijo a mí…

—Seguro no estaba sazona todavía —repuso el anciano sin titubear.

—¿Y lo de las *guámaras?*

—¡Tarugadas de Benito!… Lupe estaba de poco aguante pa alcanzar a subir de un jalón.

—El *uchi tegüi* trai sus mesmos ojos claros —dijo, más por ayudarle en el afán generoso de disuadirlo y darle consuelo que por convencer al *xaye.*

—¿Y eso qué?… Anda mira los otros niñitos. De recién todos los traín ansina. Luego les cambia la color y se les ponen negros como capulines.

Él se puso a contemplar con franco agradecimiento al tío Vicente. Se advertía en aquella actitud la disposición de rendirse y de creerle. Pero aún titubeaba su quisquillosa susceptibilidad.

El viejo remachó, ayudándole:

—Aguarda unas lunas, y vas a ver cómo le jierras con esos pensamientos. Ya le nacerá otro a tu mujer, pa que mires que es egualito y que hora puede contigo.

Esto acabó de disipar los últimos resabios.

Ya era algo que una persona como el tío, tan resentido con los *vecinos,* se arriesgara a compartir su deshonor prestándose, y de propia iniciativa, para padrino del muchacho. Pero lo que acababa de decir abría, de plano, los umbrales a una digna tolerancia. Si lograba engendrar con Lupe otro hijo, el parecido y la confirmación de que ésta se había vuelto capaz de concebir de él echaría por tierra lo más firme de su argumentación desatinada.

Aguardaría.

Y le preguntó al anciano con afán cordial:

—¿De veras me lo quiere bautizar, tío?

—Bueno —repuso éste haciendo chacota con una falsa modestia que sólo se proponía distraer y afirmar al amargado—; si tú tanteas que te cuadro pa que séamos compadres.

—A'i fije, pues, la fecha —convino sonriente Antonio.

Vicente Capitán se sintió tan envanecido como dichoso de haber podido disipar con una sagacidad tan preclara aquella pesada zozobra del sobrino. Y adujo:

—¿Qué te parece si de aquí a tres días nos lo llevamos a Santa Catarina?

—Usté dispone, tío.

—Pos hecho… Y ya hasta le traiba pensado un nombre. Todos los Mijares tienen su frente como de león; lo nombraremos ansina:

"Kanamayé".

XI

KANAMAYÉ soltó el llanto en la cueva *Te-acata*, cuando los *mariacanes* de la religión tribal le echaban por la cabeza el agua sagrada de la fuente de la diosa *Cuararé*, imponiéndole su nombre *huichol*.

En cambio, sonreía seráfico y dichoso al ser bautizado en el templo cristiano, donde un sacerdote católico ajeno a las circunstancias de su nacimiento intentaba ponerle José de Jesús.

No le pasó inadvertido a Vicente Capitán el deplorable efecto que esas dos lastimosas coincidencias iban operando en la exacerbada susceptibilidad de Antonio Mijares. Trató de remediarlo reconviniendo a la india porque no arropaba bien a la criatura y atribuyendo el llanto de ésta al frío que tenía que experimentar en aquella caverna trasudante de humedad, así como saliéndole oportunamente al encuentro al sacerdote *vecino* para rechazar ese nombre de ingrata memoria y exigirle que, si era indispensable que llevase el de algún santo del calendario, le pusiese además de Kanamayé, el suyo, Vicente.

Mas toda esta solicitud no podía hacer mucho para evitar que Antonio se sintiera invadir de nuevo por el recelo.

Sin un desfogue, obligado a refrenar la cólera que originaba su vergüenza íntima, sentía que se le agigantaba otra vez la certidumbre de su situación desairada. Y el horror al ridículo, que la exaltada dignidad de todo indio vuelve patético, tornó a morderle con furia.

Fue a buscar refugio en la embriaguez, ese supremo recurso de los débiles de carácter.

Pero era inútil. El aguardiente no conseguía embotar la sensación del oprobio y antes exaltaba un impulso violento, haciendo vidriosa su noción de la ignominia.

Le habían nombrado gobernador para aquel año. Y ni los quehaceres de su cargo le ayudaban a sobrellevar más serenamente su quebranto moral. ¡El hijo, seguía gritándole una rabiosa e inmotivada certidumbre, no era de él!... Y cada vez que alguien le miraba al pasar, figurábasele descubrir un gesto procaz o conmiserativo que lo escarnecía en aquella atención, lo cual le inducía a apretar los puños y dientes, sofocando a duras penas un impulso de agredirle.

No se le escapaba a Lupe Kuyertzituxa ninguno de los perfiles de este amargo y silencioso drama íntimo de su marido. Solidaria oculta de su desatino, se mantenía callada e inexpresiva, sin levantar la mirada hasta él ni dejar paso a la manifestación de un sentimiento de orgullo o de dicha maternal, por temor a la explosión colérica que presentía inminente.

En las noches, cuando él la solicitaba a su lado, el pánico la inducía a temblar, y le era preciso recurrir a toda la precaria energía de su ánimo para

disimular el terror. Era aquella una posesión amarga, desalentada por el rencor del hombre y el miedo de la mujer y sin más dinámica por parte del indio que el intento de hacerla concebir un hijo suyo que lo rescatase de la zozobra... Pero, acaso por lo que aquellos sentimientos ponían de forzado y artificioso en el acto, la naturaleza se negaba a responder y Lupe continuaba infecunda.

Rabiosa consigo misma, la india notaba que iba haciendo nido en su alma un furor sombrío, un afán desatinado de morirse que sólo el amor a Kanamayé y la conciencia de la necesidad de protegerle la obligaban a desoír.

Escondíase con el niño para amamantarlo y se alejaba cuando le era preciso musitar un arrullo que lo ayudase a caer en el sueño. Se ocultaba para comer, para beber, para rezar, para recogerse el pelo y, en fin, para todo aquello de lo que pudiera haber trascendido un atisbo de la más elemental frivolidad, pues estaba segura de que esto podía herir a su marido.

Por un tiempo la preservó esa conducta prudente.

Pero ya Antonio Mijares había *entregado la vara* a un nuevo *Itzucame* y las cosas estaban en el punto de máxima tensión, cuando cierta tarde en que el pequeño, que apenas comenzaba a caminar, pronunció la palabra *tatei,* Lupe descuidó su discreción ante el marido y le dio a éste el mínimo pretexto que el estallido de su cólera necesitaba.

Oírse llamar madre por Kanamayé resarcíala de todas las desazones pasadas, volviendo trémulos los latidos de su corazón. ¡¿Cómo contener hasta en ese instante supremo el canto de su secreta felicidad?!... No le era posible. Y en la expresión de su rostro tuvo que aparecer, fugaz, el rictus de una sonrisa.

Antonio Mijares, que la observaba, volvía a descubrir al cabo de los años un brillo de dicha en sus ojos. Y como la otra vez, el alud de la violencia se desató incontrolable para descargar en el maltrato todas las furias de la inquina que su larga contención almacenase.

Armado de unas ramas arremetió contra ellos. Y le dio rienda suelta a su ira golpeando ciego y con ferocidad asesina.

Lupe se hizo un ovillo, encorvándose para amparar en su regazo a toda costa a la criatura. Y, al realizarlo, expuso desdeñosamente sus espaldas al torrente de golpes frenéticos. ¡Que se desahogara allí, pero que no le hiriese al *uchi!*... Y Mijares fue dócil a ese deseo, porque lo único que anhelaba era golpear.

La india no llegó a desmayarse.

El afán de proteger al niño ayudóla a soportar la brutalidad hasta que el cansancio y el horror, simultáneos, abatieron el brazo que la flagelaba.

Entonces rompió en lágrimas ella. Pero fue un llanto recatado y manso, sin la exaltación del odio ni el fermento del rencor, fatalista y conforme

con su culpa, y casi agradecida de que su verdugo le permitiera sacar indemne al pequeñuelo.

No le delataría por esta vez. Quizás él necesitara descargar aquel bagaje de retenidos odios y el desfogue lo sosegara. En todo caso, se iba consolidando en la voluntad de la india un propósito inaudito. Estaba resuelta a tolerar sumisa, como producto de una culpa involuntaria pero fehaciente y que no acertaba cómo destruir, esto y todo lo que viniese después, con sólo que el rencor se quemase en ella y que los azotes no alcanzaran las tiernas carnes de la criatura.

Con las espaldas sangrantes y los miembros desguanzados, mientras contemplaba a Kanamayé, asustado pero ileso, en sus ojos cuajados de lágrimas por el dolor seguía sonriendo el reflejo de la misma felicidad íntima.

XII

A PARTIR de entonces tales escenas se sucedieron con terrible frecuencia, destruyendo la salud de Lupe y llenando de sombras amargas la infancia de Kanamayé.

A fuerza de refrenarse, ella había perdido el don de sonreír. Pero Antonio no necesitaba ya de esos pretextos para flagelarla. Presentíala resuelta a no delatarlo en tanto que no hiciese daño directo al hijo, y descargaba sobre la mujer los caudales de furia que fue acumulando en su ánimo su previa e inactiva animadversión por los dos.

Al tercer trago de raicilla andaba buscando la rama de palodulce con que solía azotarla. Y sólo cuando la escuchaba gemir se apaciguaba temporalmente su ánimo.

Con cada año que transcurría aumentaba la pesadumbre de Kanamayé.

Jamás podría recordar a su padre en otra actitud que en aquella: con el brazo armado de la rama en alto y los ojos inyectados de cólera, golpeando frenéticamente a la madre infeliz. Y empezaban a ser insuficientes las admoniciones que, a pesar de todo, le hacía ésta a solas, para despertar en él un sentimiento respetuoso hacia el verdugo. Aun cuando por su corta edad estuviese todavía muy lejos de comprender que él era la causa indirecta e involuntaria de aquella abominación, sublevábalo el dolor de la madre querida y amorosa y hubiera querido tener el valor de compartir su tormento para hacérselo más llevadero. Y supuesto que Lupe no lo había de consentir, el odio al monstruo iba consolidándose honda e irremisiblemente en sus sentimientos.

A Antonio Mijares le resultaba preferible ver en sus ojos el aborrecimiento que la súplica o la alegría.

Por lo demás, el aspecto de Kanamayé seguía siendo el de cualquier pequeñuelo *huichol*.

Pero, por mucho que empezara a dudar ya de

la justicia de su indignación y resentimiento, ello no contribuía a refrenar aquellos impulsos brutales del padre. Y hasta es de creerse que la comezón mortificante de esa duda le inducía a extremar su crueldad, tal vez para justificarse de su bestialidad anterior y anular todos los reparos de la sensatez manteniéndose más afianzado a su condición de ofendido, de la que era ya muy tarde para prescindir.

Lupe no era de constitución muy robusta. Y con aquel maltrato, su vigor languidecía de modo notorio. Cuando Kanamayé cumplió los ocho años, se alcanzaban a advertir en la tos bronquial, honda y tenaz que estremecía convulsivamente el torso escuálido de su madre, los reflejos de una grave lesión pulmonar. Su rostro, estragado y amarillo, daba la sensación de ir avejentándose con rapidez. Y en la necesidad de asimilar el frecuente tormento de las golpizas, su naturaleza había perdido las defensas contra la fiebre malárica, que empezaba a doblegarla cada vez que en sus anuales peregrinaciones descendían hasta la costa.

Las otras mujeres de Antonio trataban a espaldas de éste de confortarla y también de curarle las lesiones.

Pero ella conservaba incólume aquella estoica decisión de soportar calladamente el escarnio, a condición de que se absolviese de participar en él a Kanamayé. Era el triunfo en esta disposición

todo lo estimable que parecía quedar en su vida. Y se consolaba no separándose del pequeño ni un solo minuto.

Hasta la poca comida que para ambos conseguía cedíasela a él, agravando con las vigilias su propia decrepitud, pero consiguiendo con ello mantener relativamente saludable al *uchi*.

Un año más tarde Lupe tuvo vómitos de sangre, los achaques se le acentuaron, el raquitismo se volvió patético y un desenlace trágico se perfiló inminente.

Murió sin articular una queja, durante una de las brutales golpizas, con el hijo amparado en su regazo y oyendo junto a la oreja el último acezar de su estertor agónico.

Antonio no acertaba a adivinar que estuviese muerta; y no habiendo quemado todavía su furia, siguió golpeándola aún después de que ya había expirado. Sus vecinos y demás mujeres pudieron percatarse primero de aquel desenlace. E incapaces de reprimir un tardío impulso indignado, acudieron en grupo para arrebatarle de la mano la vara de palodulce que no cesaba de golpear.

Esto haría trascender la noticia de su delito y lo llevaría ante los jueces. Él lo comprendió claramente así; pero no quiso huir... Le era casi imprescindible a su conciencia atormentada por las dudas, descargarse pagando de algún modo los excesos de aquella conducta que iba sospechando injusta y bárbara. Y apuntalado por una copiosa

ingestión de embriagante contra el miedo físico, aguardó, casi impaciente, que los *topiles* llegasen por él.

XIII

El entierro de Lupe Kuyertzituxa fue sencillo y despojado de toda emoción. Entre los *huicholes*, es ésta una ceremonia que no se celebra, tal vez por demasiado triste. Allí no basta expirar para ser tenido por difunto. La amplitud de su mundo supersticioso suple al aliento que apagó la muerte y mantiene el cuerpo activo entre los vivos, ambulando en esencia por el pueblo, visitando sus lugares amados y despidiéndose de sus deudos y amistades como corresponde a la buena crianza, antes de partir definitivamente hacia el *Mucchita*.

Es el ritual del velorio o duelo el que determina el momento de la extinción y de la separación definitiva.

La fecha de esta ceremonia varía según quien haya sido el muerto. Si se trata de un varón adulto, deberá realizarse a los cinco días de su fallecimiento; si de una criatura, a las veinticuatro horas, porque ésta no tendrá muchas amistades de las cuales despedirse; y si, como el caso de Lupe, fue una mujer, a los tres días de su defunción. Y para aquel que se conduele de la pérdida, este interludio es como una torturante prolongación de la agonía del moribundo.

Tres días con sus noches hubo de estar Kanamayé abismado en su soledad y en su dolor esperando la póstuma visita de la muerta.

Sus diez años eran ya suficientes para ayudarle a percibir clara y vívidamente la noción del desamparo y muy pocos para soportar el espectáculo del *recibimiento* de la que había de acudir a *despedirse* del hogar y de su gente antes de emprender, por planos en donde no existen los senderos, el viaje a la eternidad.

Al amanecer de ese tercer día, los parientes y amigos de la muerta comenzaron a reunirse en torno al *kihí* familiar. Procedían a condimentar los alimentos que fueron predilectos de la difunta e iban colocándolos en recipientes de barro o sobre tortillas de maíz, en un petate extendido a mitad del único aposento del jacal. Partiendo de la puerta de éste, en dirección al Oriente, los hombres clavaban estacas formando un callejón de veinte metros de largo y adornándolas con ramas verdes de carrizo. Ellos, a la vez, se protegían las cabezas trenzándose sobre los sombreros ramas de zapote, también verdes, para espantar a la enfermedad que la mató. Y luego se sentaban a esperar, fumando silenciosos e ingiriendo *toch*, el arribo de la muerta que no tardaría en llegar.

La embotada congoja de las setenta y dos horas previas había encontrado un desfogue en Kanamayé. Sentado en cuclillas entre sus madrastras y los demás, vivamente impresionado por el apara-

to de la ceremonia y en tensa expectación todos sus sentidos para presentir el arribo de la que tanto amó y a la que esperaba suplicarle que se lo llevase con ella, conmocionábale una dicha impaciente y tímida, agobiada por un recelo vago de que su esperanza no llegara a cuajar.

Habíanle dado *toch* a beber y *peyote* para que lo mascara. Y esto le sumergía en un enervamiento a la vez melancólico y consolador.

Cuando llegó la hora concertada para la última visita de la difunta, los parientes dijeron presentirla cruzando por el callejón de enramada con rumbo al interior del jacal, en donde las viandas eran tentación para su apetito y el sustento necesario para que pudiese realizar sin desmayos su largo viaje hasta el *Mucchita*... Pero el hijo la necesitaba tanto, que no acertó a adivinarla y su ansiedad iba subiendo de punto.

—Ya está aquí adentro —le murmuró al oído su madrastra mayor— ...Pero hay que dejarla que coma... No la debemos espantar hasta que quede bien satisfecha.

Y ello le contuvo, muy a pesar de la exacerbada tensión de su impaciencia.

La mayor parte de los vecinos permanecieron sentados un poco lejos de la casucha de piedra techada de paja, bebiendo, fumando y conversando con vaga animación, mientras la muerta *gustaba* los platillos que le sirvieron en el interior hasta quedar ahíta.

A punto de que cuajaran en lágrimas, los ojos asustados de Kanamayé hacían vagar sus iris oteando en el vacío un indicio de que la presencia de su madre era real. Había cedido de su postración anterior y entonces, sabiéndola cercana, pugnaba por alentar en su ánimo una dicha timorata.

Tenía en la punta de su lengua la invocación implorante:

—*¡Tatei!*

Mas lo desconcertaba, ahogando en germen esa exclamación, la recatada actitud de todos los circunstantes y el hecho desesperante de no poderla distinguir.

Así transcurrió el tiempo hasta que tuvo a bien levantarse un viejo *mariacán*. Era ésta la señal de que ya habían permanecido esperando un término razonable y de que debían incorporarse todos los demás para dar comienzo a la parte activa del duelo.

Se formaron en caravana e invadieron el callejón de estacada, llorando amargamente por la necesidad de tener que ahuyentar a la difunta. Esgrimían ramascos verdes y gesticulaban sacudiendo el aire con ellos, a la vez que iban profiriendo voces amenazadoras conminando a Lupe Kuyertzituxa a que, satisfechas su hambre y su sed, los dejara vivir en paz, libres de apariciones y malas influencias, largándose de allí hasta donde la esperaba un mundo mucho mejor, todo él de *huicholes*.

Kanamayé iba entre ellos llorando caudalosamente y buscando con ojos extraviados a la imagen imposible de su madre muerta, lista una mano para dársela a tomar y que lo llevara consigo. Pero nada lograba descubrir y su gemido se volvía inconsolable.

—¡*Tatei*!... ¡*Tatei*!...

Acosada por las súplicas y amenazas de aquella ruidosa manifestación de duelo que penetraba resueltamente en el *kihí*, a Lupe no le quedó otro remedio que *poner término* a su glotonería y *salir huyendo* del recinto.

—¡Vete!... ¡Márchate ya!... ¡Y no vuelvas a espantar y a hacer perjuicio!... —le exigía un coro de voces.

Y como si aquellos que se la representaban en su imaginación la viesen huir, salieron *tras ella* persiguiéndola callejón adelante, corriendo y enarbolando con ademanes de irritación y amenaza los ramascos y borrando con estos mismos la *huella* que en el polvo del camino dejaban los invisibles pies de la fugitiva.

Sólo Kanamayé, mezclado todavía entre los congregados, estiraba sus brazos en solicitud de la muerta, arrastrado en su aturdimiento por la emoción de todos los otros y presa de un llanto desatinado por aquella incomprensible crueldad de que la *ahuyentaran* siendo tan buena y cuando él la necesitaba tanto.

Y repetía su desolado clamor:

—¡*Tatei*!... ¡*Tatei*!...

Fue *perseguida* hasta el borde de la primera barranca, donde ella continuó *corriendo* por el viento y cuantos le iban en pos tuvieron que detenerse.

Su cuerpo, aunque invisible e intangible, seguía viviendo. Y en tributo a su inexcusable condición de nómada, iba a caminar noche y día sin cansancio, como bajo el efecto bienhechor del *Hermano Jiculi*, semanas y más semanas por un sendero blando y amable. Al cabo toparía con el sagrado *Chapa*, un zalate corpulento y frondoso a cuyo pie el camino del otro mundo se bifurca en sendas que conducen a paraísos distintos, donde los miembros de cada tribu se reúnen en mundos exclusivos para que, elevados por las experiencias de la vida terrenal, vivan una segunda existencia más feliz rodeados de todos los suyos.

La gente recogió una piedra blanca, la envolvió en fibra de *pochote*, le adhirió el carrizo de una flecha y fue a clavar ésta en la techumbre del pequeño *calihué* del pueblo, donde representaría el alma de Lupe Kuyertzituxa, fiel a los suyos hasta que el tiempo y el olvido llegasen a derribarla de allí.

Al borde del barranco, mirando todavía absorto y desatinado en la dirección por donde *ella marchara*, Kanamayé continuaba llorando inconsolable.

Y sólo a rastras pudieron las otras cuatro mujeres de su padre traérselo de ese lugar.

La tribu era entonces su enemiga. Y él seguía clamando en vano su desolación:

—*¡Tatei!... ¡Tatei!...*

TERCERA PARTE

XIV

Una vez que Antonio Mijares purgó los cinco días de cepo, sin comer ni beber, y las cinco *arrobas* de azotes que estipulaba su condena, dejáronlo libre y pudo regresar a su domicilio.

Sobrevivió al suplicio. Pero había quedado tan maltrecho que casi llegó arrastrándose. El hambre y la sed habían minado peligrosamente sus energías, una profunda raspadura a todo alrededor del cuello torcido y estrangulado delataba la opresión de las muescas del cepo y en los surcos tumefactos que confluían a los cardenales hechos por las bolas de la cuarta en sus espaldas le hervían, bajo la piel, desechos purulentos.

Sus mujeres le lavaron y curaron las heridas con hierbas. Pero cuatro meses después éstas no concluían de cicatrizar. Y a los ocho aún se hallaba convaleciente.

Una vez que pudo considerar que había sanado, su constitución orgánica parecía afectada por el maltrato. Se diría que, resentida y temerosa a caer de nuevo en el tormento, desistiera en parte de ese tenaz esfuerzo regenerador que anima en

la recuperación a las células. Y ello se reflejaba en cierta tendencia a la atrofia que iba volviendo monstruoso el aspecto anatómico del indio. Se le enjutaba la caja torácica hasta adquirir una apariencia desgarbada y endeble; los miembros padecían hinchazones pasajeras que no resultaba dable establecer si se originaban en el sistema muscular, en el arterial o era una deformación de los huesos; una mitad del rostro se le había paralizado en cierta mueca ríspida, volviendo pastoso y torpe su modo de hablar, y de los pulmones le brotaba cascada y seca una tos que traía el recuerdo de los padecimientos de su víctima.

No había manifestaciones claras, a pesar de ello, de que su resentimiento moral fuera mayor que antes. Su condición taciturna se había agravado, tornándolo en estólido, y sus impulsos y deseos eran escasos y prefería transmitirlos con gestos.

Esa lasitud enfermiza, dentro de la cual no podía concebirse la cólera ni nada que requiriese un esfuerzo mayor, vino a proteger a Kanamayé de correr el mismo destino que su madre. Acaso coadyuvaran también a aquella prudente conducta de Mijares el temor a sufrir de nuevo una tortura semejante o la conciencia atormentada por una certidumbre oscura de la injusticia de su crimen.

El caso es que su aversión al hijo se limitó, a partir de entonces, al deseo de mantenerlo alejado de sí todo lo posible, a alguna injuria o amenaza cuando encontraba motivo para reprenderle

y a inducir a sus mujeres a que le hiciesen trabajar rudamente en todos los quehaceres del hogar y del *coamil*, procurando que lo mantuvieran siempre al borde de la inanición escatimándole los bocados.

En sus peregrinaciones de la estación de secas, el muchacho iba siempre el último, recogiendo las frutas que por malas arrojaban al suelo los que le precedían. Y nadie hubiera osado condolerse de él cuando se hería en una maraña espinosa o lo derrumbaba el cansancio.

Por lo demás, Kanamayé estaba tan acostumbrado a sobrellevar esa inquina y, asistido por el recuerdo de las crueldades que tuviera con la difunta, odiaba tan hondamente a su padre, que no hubiera acertado a concebirlo dentro de una disposición más benévola.

Su padrino, Vicente Capitán, había muerto mucho antes que su madre. Y las cuatro madrastras, aun cuando se sintieran compadecidas de él y hubiesen deseado brindarle alguna ayuda y consuelo, se hallaban tan temerosas a despertar la cólera del marido que no se determinaban a hacerlo.

XV

Hubo, sin embargo, durante aquellos años, dos seres humanos cuya disposición hacia Kanamayé fue presentándose distinta, y al calor de cuyo afec-

to vino el chico a encontrar un sedante para las congojas de su soledad.

Eran sus dos medio-hermanas, Ikuyarezacá y Kopitzahui, quienes amparadas por la irresponsabilidad de la infancia y acaso inducidas por su progenitora, procuraban darle ayuda cediéndole algunos de sus bocados y asistiéndole, a escondidas, en el desempeño de las más pesadas faenas. Quizás ese proceder fuera de menor provecho por lo que contribuía a aliviar los aspectos físicos de su calvario, que en lo que le proporcionaba para la estructuración de un mundo afectivo que tan indispensable resulta en la sensibilidad especial de las criaturas. Pues, al brindarle esa fraternal solicitud, le abrían un cauce a las medrosas expansiones de su sed de cariño y comprensión.

Kanamayé había de aprender en poco más de un año a sentir por esas dos pequeñas una pasión que casi suplía, o que por lo menos aspiraba a suplantar, a la que la muerte de su madre le arrebatase. Y aun puede decirse que iba encontrando en ésta rasgos de cordialidad y de saludable alegría que se la volvían más apropiada a su natural inquietud infantil que aquel otro cariño soterrado, temeroso y oprimido en todo instante por el recelo de que su *tata* Antonio fuera a descubrir una sonrisa involuntaria o una manifestación de contento, en que Lupe lo mantuvo sumergido.

Kanamayé aprendió entonces a jugar sin que sus actos estuvieran tan en dependencia de la

opinión vigilante de los adultos, como lo anhelan todos los niños. Y, para halago de esa naciente superioridad masculina que había tardado tanto en florecer en él, hasta conseguía verse colocado con frecuencia en situación de protector de sus hermanitas, cohibidas por el temor durante algún incidente del camino o en los lapsos de vida nómada, o amenazadas por otros muchachos cuando estaban en el pueblo.

Y nada podía complacerle tanto como eso.

Con todo lo cual, iban saliendo a flote diversas fases de su personalidad que yacieron constreñidas y soterradas por el pánico y por la constancia del amparo materno. Y a pesar de su relegamiento y de la sorda inquina del padre, fue entonces cuando llegó a encontrar por primera vez momentos en los que pudo sentirse realmente dichoso.

XVI

Tal era el estado de cosas cuando Kopitzahui, la más dulce y bonita de sus dos pequeñas hermanas, cayó enferma. Ciertos ataques cada vez más frecuentes sacudían y convulsionaban su cuerpecillo como si una mano invisible y siniestra la estuviera estrangulando, un temblor espasmódico en la boca la hacía morderse la lengua hasta que chorreaba sangre; y la depresión posterior a cada crisis la mantenía extenuada y casi

inconsciente, con la mirada vaga y los párpados amoratados.

Diríase que el negro signo de Kanamayé había desencadenado sobre ella su *jetatura*. Era, de las dos, la que más amaba él. Y no pudo escapar a la adversidad que estaba disponiéndose a tomarla por su víctima, como no pudo escapar la inolvidable madre.

También su padre amaba a la pequeña. Y vio venir con positiva consternación aquella calamidad.

Cuando las manifestaciones del padecimiento se agudizaron y la incipiente mujercita empezó a debatirse al borde de la asfixia, Antonio fue en pos de Casiana, la curandera de San Andrés, para que tratase de sanarla.

Mas los recursos de ésta no parecieron lograr ningún resultado favorable. En vano pintó círculos concéntricos con tierra de diferentes colores en torno al petate de la enfermita para ahuyentar a los espíritus nocivos que portan la enfermedad; amasó con barro figurillas que representaban a su paciente y las expuso de noche a la benéfica luz de la diosa madre *Metzere*; le hizo atar ramas de zapote verde y de *xurí* en torno a las sienes febriles y a la frente; llenó la estancia del humo de mil ramascos distintos para ahuyentar a los seres inmateriales que provocaban el daño; y le rezó y cantó plegarias, híbridas de ambas religiones, bailando incansables danzas en torno a ella... Nada

parecía contribuir a aliviarla. E insinuó que probablemente se trataba de que alguien le estaba haciendo mal de ojo.

Antonio pensó en el acto en la difunta Lupe, que acaso tratara de vengarse, y como nada podía contra la parte inmaterial de su ser, que era la que efectuaba esos daños, su aversión a Kanamayé pareció acentuarse.

Los sucesivos y grandes contratiempos que padeciera teníanlo arruinado, sin elemento alguno de valor para retribuir la ciencia curativa de Jesús López Taemú, un ameritado herbolario de San Sebastián Teponaxtlahua, que además de operar a base de métodos más realistas, preparando pociones con ramas, cortezas y raíces de plantas, era competente contra el mal de ojo, y al parecer el único que podía ofrecer una esperanza de salvarla. Y no sabía qué hacer.

En su desesperación, fue dos veces a procurarlo. Y en ambas lo encontró muy atareado y se hubo de enterar de que no trabajaba gratis, pues había asimilado mucho de las codicias del *vecino* y se hallaba ufano de las riquezas que había ido acumulando. Podía recibirle en pago alguna medida de maíz, un animalito o cualquier otra cosa de valor si no disponía de dinero. Pero era indispensable que retribuyera su trabajo.

Había advertido que *tata* Taemú carecía de familia, pues vivía solo con su mujer, tan anciana como él. De regreso de la segunda visita suplican-

te, mientras el ánimo se le sublevaba rabioso contra su condición miserable, Antonio tuvo una genial ocurrencia. Y sin detenerse a meditarlo poco ni mucho, volvió sobre sus pasos para planteársela al herbolario.

Tratando de justificarse por sus exigencias de un pago, éste se le había quejado de que le era preciso atender a tantos enfermos que el tiempo no le alcanzaba para ocuparse de las faenas de su hogar, labrar su *coamil* y estar al pendiente de sus cada vez más numerosos animalitos. Y Antonio Mijares poseía, a falta de dinero u otras pertenencias, un hijo supuestamente espurio y al que de mil amores hubiera arrojado a puntapiés de su casa. ¿Por qué no ofrecérselo a Taemú a cambio de sus servicios médicos?...

El curandero lo rumió casi una hora.

Su única mujer estaba vieja y medio inválida. Y los dos hijos que ésta le diera ya no podían ayudarle: el uno porque se lo mataron en Bolaños ciertos *vecinos* durante una pendencia de borrachera y el otro porque, casado a su vez, vivía lejos y tenía de sobra con sus propias ocupaciones... Indudablemente podía resultarle útil un pequeño de doce a trece años como Kanamayé... Y aceptó el convenio, marchando con Antonio a Guadalupe Ocotán para curar a la muchacha y recoger la prenda.

No dejó Kanamayé de asustarse al conocer su nuevo destino. La vida no le había ofrecido más

que amarguras y desengaños y no acertaba a esperar otra cosa de este cambio que le amenazaba.

A pesar del odio y de los malos tratos que de su padre padeciera, aquél era su hogar y aquélla su familia. Y nadie le garantizaba que con el viejo Taemú la vida se le mostrara más amable... Pero a medida que fue reflexionando en que se trataba de salvar con su sacrificio a Kopitzahui, de retribuir con su trabajo los costos de la curación de ésta, las perspectivas cambiaron de color, empezando a sentirse ufano de que la niña llegara a deberle la vida.

Verla saludable y sonriendo sería para él un premio muy capaz de justificar hasta las más duras penalidades. Y poseído por esa emoción heroica, ataviado con sus ropas de fiesta menos miserables y más pintorescas, una tarde lluviosa les dijo adiós a los suyos, saliendo de la mano seca del anciano Taemú camino de San Sebastián.

XVII

No ERA fácil para Kanamayé creer en los aspectos amables de la vida. El proceder de la humanidad que antes de entonces había conocido, no le dio muchos alientos a un criterio benévolo sobre su condición intrínseca.

Pero el viejo Taemú le resultó simpático, a pesar de que mientras hacían el camino no cesaba

de recordarle su situación de criado y los grandes beneficios que esperaba obtener de su ayuda, repitiéndole machacón:

—A ver si 'hora puedo dedicarme sin pendientes a mis curaciones… Vas a hacer de cuenta que eres mi hijo… Yo tuve dos que ya son hombres; pero el uno se me casó y se me jue alejos; y el otro más alejos todavía, porque me lo mataron los *vecinos*… Quién sabe si yo tuve la culpa de que se fueran por andar hablándoles de lo mucho que sabe el hombre blanco. Ellos quisieron aprender y se me jueron pa con él. Y 'hora aquí me tienes solo con mi vieja… Pero tú me ayudarás. Y pueda que si te pones listo, te vaiga mejor conmigo que con tu *tata* Antonio.

El chico, con la mirada en las guijas del suelo, lo escuchaba respetuoso y atento, asintiendo mecánicamente.

—Pastoriarás mis chivitas —seguía él—; te darás tus güeltas al monte para tenerme al tanto de las reses y la mula; y, de paso, juntarás la leña pa que mi vieja nos ponga la lumbre. Y tendrás que *coamilar* por mí… Y ai te la vas a arrieglar solo pa que vaigas levantando el *cuxcomate* y una enramadita en la labor… Pero no te faltará comida, y has de ir conmigo, como si jueras m'hijo, a toditas las fiestas…

Con sus emociones distraídas e inmersas en la consideración de lo que su sometimiento al destino iba a significar para la salvación de la hermanita enferma, y alentado por el tono afectuoso de las palabras de *tata* Chuy Taemú, el chico le interrumpió para preguntarle:

—¿Aliviará a Kopitzahui, *tata* Chuy?

El anciano pareció un poco molesto de que le recordaran aquella retribución. Pero, al cabo de una pausa, repuso transigente:

—Ella habrá de sanar onde los dioses lo quieran y dispongan. Otros con una enfermedá más pior que la suya bajaron a la costa pa llevarle ofrendas a nuestro padre *Aramara*, que es al que más aprecio hay que hacerle pa la curación de este mal, y él los alivió… Mañana o pasado la llevan a San Blas. Y ya les di razón de una mata que se da por allí pa que la hirvan y le den a beber la agüita. Es muy efectiva y la sanará… Nomás te pegas bien a tu trabajo, y ya que regrese te llevaré a verla.

—¿Y estará aliviada?

—Se aliviara, ¡no te digo!… Y si es de condición ha de venir a San Sebastián pa darte las gracias y besar tus manos… ¡No te ocupes!

Siguió el viejo hablando interminablemente de las faenas que le esperaban. Pero la promesa de aquella gratitud efusiva de Kopitzahui había enaltecido la gran ilusión que Kanamayé albergaba en su ánimo, y manteníalo feliz y absorto en sus pensamientos.

Ya suspiraba por ese día en que la chica se presentase sana y saludable a manifestarle su grati-

tud y ensalzar su conducta. Entonces, su dignidad adolescente se vería envuelta en el halo de lo heroico rescatándole en definitiva de su condición de apestado social, de muchacho tabú, al que los unos odiaban en demasía para prodigarle caricias y otros sentían miedo de manifestarle su afecto.

Aquella consoladora esperanza se iba convirtiendo en el supremo bien de su existencia y volvía deleznables las molestias del gran quehacer que le aguardaba.

De modo que, apenas llegaron a San Sebastián, tomó la *uiká* que se hallaba recargada contra la pared de la choza y enmohecida por el orín del desuso y, resuelto a comenzar desde luego, inquirió del viejo:

—¿Voy ya pa'l *coamil, tata* Chuy?

—No, hijo. Guarda tus ansias... El *coamil* está lejos e irás hasta mañana —respondió el *xaye*, complacido de lo mucho que su adquisición prometía.

Y sin ocuparse de saludar a la anciana, tullida y echada en un rincón, tomó del *tanate* una tortilla fría y, partiéndola con solemnidad por medio, le ofreció una de las mitades al chico, en tanto que exclamaba:

Neticuani... Esta será dende hora tu casa.

El *uchi*, al tanto del ritual, recibió la mitad de la tortilla, partióla a su vez en dos pedazos y mordió uno sin apresuramiento, en tanto arrojaba el

otro por encima del hombro y hacia atrás para ayuda de los necesitados, a los que nunca se debe olvidar mientras se come.

Taemú lo observaba complacido y preguntándose por qué le negaban a un muchachito tan correcto su condición de *huichol* legítimo.

Luego, llevándoselo a presentar a la anciana, que apenas pudo levantar los párpados para observarlo fugazmente desde su rincón en la estera, explicó:

—Aquí tienes al qué jui a trair pa que nos ayude... Le nombran Kanamayé.

Ella saludó secamente y casi en un silbido:

—*Aisi coamet.*

Y volvió a cerrar los ojos.

CUARTA PARTE

XVIII

VEINTICUATRO horas llevaba el *huicholito* Nieves Timoteo encaramado entre las desnudas ramas de un aile. Estaba purgando allí, estoicamente, el riguroso castigo que le impuso su *tata* por haberle extraviado en sus juegos infantiles un collar de caracolillos marinos.

Divisó de pronto una escolta.

La integraban doce soldados federales de los que mantenían el poder del *vecino* mestizo y blanco, y venían armados con carabina, bayoneta y lazo y montando sobre sillas de lustrosa piel doce caballos de pelaje castaño, tan uniforme como lo eran su vestimentas de caqui. Habían surgido al doblar el espinazo superior del cerro frontero, y descendían por la ladera salvando los accidentes con precaución, al parecer en pos del hondo barranco que abría su blanca herida de piedra allá abajo, en la misma orla del faldeo serrano.

Al verlos, el niño olvidó la tortura del hambre, la sed y el frío que lo habían asediado a lo largo de su cruel suplicio. Y un pánico entelerido y animal empezó a sacudir y volvió trémulo su tierno organismo de apenas diez años.

Ese grupo armado era sin duda el que, compuesto por unos mestizos e indios *avecinados* frecuentaba por cuenta del Gobierno del hombre blanco los parajes de la región *huichol*, cazando muchachos aborígenes en edad escolar para llevárselos maniatados a Mezquitic, donde corría fama de que los engordaban para comérselos.

Un primer impulso aterrorizado incitó a Nieves a huir para esconderse de ellos. Pero ¿cómo podría hacerlo si estaba férreamente atado de sus tobillos a una rama?...

Era posible que, proponiéndoselo, consiguiese al cabo de un largo rato de forcejeos deshacer la ligadura que habilidosamente le trenzara el *tata*. Pero una consideración medrosa le vedaba ese camino. Desatándose y descendiendo del árbol frustraría el castigo que su progenitor le impuso. Y tamaña desobediencia resultaba inconcebible aun amparada por el mejor de los pretextos, pues dejaría en el escarnio los sagrados principios de la sumisión y el respeto a la voluntad paterna, estatuidos en los vetustos códigos morales de su raza con una rígida e inapelable ortodoxia, y se haría merecedor de un castigo peor que todas las muertes.

Paulatinamente fue serenándole un influjo fatalista.

Después de todo, tal vez a los temibles *vecinos*

les pasara inadvertida su presencia entre el ramaje del árbol y prosiguieran de largo. La huella apenas impresa en la arenisca rosácea de la vertiente por donde se deslizaban los equinos en que venían montados, hallábase harto lejana, y no parecía fácil que descubrieran desde allí la pequeña choza circular, con paredes de piedra volcánica y techado de escobilla, en donde, unos trescientos metros más abajo del aile, residía Nieves con sus padres. Más remoto aún se antojaba que lograsen divisar su cuerpecillo casi desnudo, cuya epidermis cobriza se proyectaba sobre el suelo pardusco del flanco orográfico investida de cierta involuntaria virtud mimética. Y era probable que ni siquiera alentasen el propósito de escalar la ladera de este cerro por el exiguo sendero que conducía al paraje en donde estaban el aile y la casa; pues el arroyo culebreante en el fondo mismo del barranco al que se dirigían, de seguir su curso podía conducirlos a Pochotita, donde acaso les resultara posible encontrar un magro cobijo contra la frígida e inminente noche serrana.

Se hallaban lejos los hermanos mayores del niño, que fueron a la peregrinación del *peyote*, y ausente el *tata*. Éste había salido hacía cosa de una hora de la choza con quién sabe qué propósito, perdiéndose más allá del blanco cresterío de granito que afloraba a casi el encumbramiento de la ladera ocultando la parte oriental del flanco al quebrar hacia su lado izquierdo la vertiente de la

montaña. En el miserable jacal permanecía únicamente la madre, trajinando en su interior atareada en algunos menesteres de cocina.

Requerir a gritos el consejo y el apoyo de ésta, aparte de que podría atraer la atención de los soldados incitándolos a subir en su busca, quizás resultara prematuro. Acostumbrado a notar cómo aceptaba ella por inapelables los dictados del marido, no lograba Nieves concebir que la india decidiese, ni en la mayor necesidad, liberarlo sin el consentimiento de aquél para que descendiera del palo y huyera.

Pero tal vez se estuviese asustando antes de lo debido y resultara más sensato aguardar hasta que el curso de los acontecimientos precisara si iba a salvarle por sí solo.

XIX

Mantúvose, pues, tenso en su expectación, siguiendo con ansiedad el proceder de los tenebrosos enemigos.

Y a medida que el descenso iba situándolos más próximos, consiguió percatarse bajo el asalto de un nuevo estremecimiento de horror de que ya traían en pos, atados por las muñecas y jaloneándolos desde arriba de los caballos con una larga chavinda para obligarlos a caminar, a dos indiecitos prisioneros que marchaban tras-

tabillando penosamente en el áspero pedrerío de la senda.

Tal descubrimiento confirmó sus presunciones y acudió a restablecer el rigor del pánico que originalmente le poseyese.

Pero consciente de lo escasamente posible que le sería escapar, en el aliento entrecortado que la densidad de su angustia distorsionaba, subsistió aún una esperanza endeble de pasar inadvertido. Y buscando amparo tras de las escuetas ramas del aile, se aferró a ellas con todo el frenesí de su ansiedad.

Sin embargo, ese precario consuelo no iba a tardar en sufrir una contrariedad fatal.

En el breve escampado polvoriento que daba acceso a la entrada de la choza dormían la modorra de la tarde los dos gozques de costillaje notorio y largo hocico afilado, guardianes del hogar. Y el más joven de ellos, un perrillo rubio de blanca pechuga, venteó de pronto a aquellos *forasteros* del otro lado del barranco y se puso a ladrarles con resuelta alarma. No tardó el negro, su compañero, en imitar esa actitud escandalizada. Y los ladridos fueron convirtiéndose en la temida voz de alerta que atraería la atención de los soldados hacia la presencia de una habitación india en el oscuro repliegue de la estribación opuesta.

La pavidez tornó a ser dueña absoluta de Nieves.

Conocía los designios del peregrinar de estos hombres y entonces se encontraba en flagrante

riesgo de que lo vieran y se lanzasen a cazarle igual que si se tratara de un cervatillo serrano. Pensó, con desolación, que acaso era éste, el sagrado *mara* de sus bosques, el único que le podía salvar ya facilitándole la confortable redondez de sus ancas, la agilidad y fortaleza de sus piernas y su conocimiento de los intrincados refugios de la montaña para huir y ocultarles a esos *vecinos* crueles su cuerpecillo sacudido por la zozobra.

Mas, aunque estaba seguro de que se habían detenido para otear hacia allá, parecíale probable que lo que estuviese reteniendo su atención fuera la existencia de una casa y que nada aseguraba que acertaran a fijarse en él, fundido entre el ramaje de un árbol trescientos metros más arriba de ella.

Poco a poco se sobrepuso de nuevo al espanto, restituyéndole su opción a la esperanza un azar favorable que le permitiese pasar inadvertido y salvarse. Quizás los siniestros *vecinos* no lo divisaran...; o considerasen demasiado arduo escalar el empinado flanco en su busca. Y era preciso que se mantuviera quieto y oculto entre el exiguo follaje del aile mientras alcanzaban el fondo de la cañada y exhibían allí cuál iba a ser su derrotero.

Con todos los latidos de su corazón sincronizados a un trémulo deseo de conocer el desenlace, vigiló los pasos de la cabalgata. Y no tardó en distinguirla al margen del riachuelo de aguas grisáceas que reptaba en las sinuosidades de un

hondo lecho pedregoso empecinado en su lenta y tenaz labor geológica de ahondar más todavía, con el filo de la erosión, la herida que abriese en la montaña.

Se habían detenido en una playita de arenillas y guijarros del fondo de la garganta para abrevar a las sedientas caballerías y saciar sus cantimploras. Y en tanto que lo hacían, parecían discutir algo con pausa.

Al cabo, cuatro de ellos se fueron perdiendo cauce arriba tras el saliente de unos paredones. Y cuando los demás volvieron a estar todos sobre las cabalgaduras la naturaleza del acuerdo a que habían llegado se le volvió nítida y desalentadora al pequeño. El resto de la columna se dividía en dos secciones, una de las cuales escalaba la vertiente donde se encontraba el aile y su consternado inquilino por la derecha, en tanto que la otra ascendía por la izquierda como si se propusieran tomarlos él y a la choza familiar entre los dos brazos de tenaza. Sólo uno de los soldados permaneció en la hondura del barranco custodiando a los dos indiezuelos que traían cautivos y demostrando así que el único propósito de los demás, al emprender el ascenso, era el de explorar el *jacal* y el aile en busca de nuevos prisioneros, tornando luego al curso interrumpido de su ruta.

Desde entonces Nieves se consideró perdido. Y sus emociones tomaron un carácter mucho más imperioso.

Todavía intentó por unos instantes ocultarse entre el follaje. Pero las probabilidades de lograrlo iban sintiéndose debilitar por el asalto del pánico, y los resortes de su continencia no tardaron en estallar.

No le importaba ya que sus gritos les ayudaran a localizarlo, pues estaba casi seguro de que constituía el objetivo cardinal de aquel asedio. Y arrebatado por el espanto y la congoja, también él, como Kanamayé, clamó lastimero llamando a su madre:

—*¡Tatei!... ¡Tatei!... ¡¡Teuturitxá!!...*

La india, que estaba moliendo maíz tostado para el pinole, escuchó aquellas voces de alarma y, sobresaltada, salió escurriéndose casi a gatas por la diminuta puerta de la choza. Ante ésta se incorporó y detuvo, exhibiendo los brazos empolvados hasta el codo, el greñerío lacio y suelto y los colgados pechos zangoloteantes sobre el torso desnudo. Permaneció unos momentos aturdida, con los dedos de ambas manos en la boca y mostrando en la expresión de su faz todo el estupor de una súbita congoja. Sus ojos, cuyo brillo había empañado el humo del hogar y las frecuentes borracheras con raicilla y con peyote, vagaron aturdidos de los grupos de soldados que se acercaban al pequeño encaramado y sujeto al árbol... Luego rompió a llorar. Y convencida de que carecía de tiempo para liberar al muchacho y huir con él, salió disparada tratando de esquivar a los cuatro

soldados que primero se separaron del grupo y que acababan de aparecer al tramonte del reborde de roquizo de la ladera, único punto que se prestaba para la fuga.

Presenciando la carrera de la una y de los otros, Nieves sintió alivio cuando constató que no habían encontrado el modo de interceptarla. Sin duda alguna ella iba en busca del *tata*, que tal vez llegase a tiempo de prestarle algún socorro.

Por lo demás, entonces se había quedado solo. Y una honda desolación impregnaba su ánimo. Pero a pesar del desatino y de la certidumbre fatalista de que nada lo protegía ya, la necesidad de defenderse aplacó su pesadumbre e hizo sus movimientos mayormente equilibrados y serenos.

Pulsó la ligadura del tobillo estudiando la posibilidad de aflojarla. Y pronto quedó convencido de que carecía de tiempo suficiente para lograrlo. Desistió. Pero aún atenido a la idea de que quizás quedase la oportunidad de presentarles una resistencia rabiosa que diera margen al regreso de sus *tatas*. Considerada en frío, la probabilidad de que éstos retornaran oportunamente y pudiesen hacer algo por salvarle era en extremo remota; tanto que casi rozaba el absurdo… Pero ya que sin ella estaba condenado por la imposibilidad de bajar del árbol, se limitó, como lo haría un felino acosado, a treparse a la más alta de las convulsas y casi desnudas ramas que el juego de sus ataduras le permitía alcanzar, aun sabiendo muy bien que

el proyectil de las carabinas en poder de quienes le asediaban podía subir muchísimo más alto.

Parapetado allí, tomó y apercibió con mano tembliqueante el pequeño arco de vara flexible y los dos frágiles dardos de otatillo que llevaba terciados a la espalda, y aguardó, resuelto a intentar una pueril defensa.

XX

Vencida la escabrosidad, los caballos piafaban acercándose a la choza.

Allí, los dos perrillos guardianes intentaron en vano ahuyentarlos con sus histéricos ladridos. Mas, careciendo del apoyo de sus dueños, aquella estéril hostilidad se limitaba a precederlos reculando a una prudente distancia y hacia el aile en donde sabían que se hallaba el tembloroso Nieves.

Pronto comprobó el niño que el jacal no les interesaba a los intrusos. Presintieron tal vez que se hallaba vacío. Y habiéndole descubierto a él entre las ramas del aile, las tres alas en que el piquete se desplegara convergieron hacia allá, aunque sin gran premura. Sus caballos, fatigados por la ascensión, transpiraban espumarajos de sudor por los cuellos relucientes y pisaban con prudencia, resbalando en los trechos de laja en donde sus herraduras sacaban chispas sobre el feldespato… Pero avanzaban siempre, inexorables en pos de su objetivo.

Nieves se preguntaba a cada instante con ma-

yor vehemencia dónde podrían estar sus hermanos y sus padres que no acudían en su auxilio. ¿Por qué le habían abandonado ante el rigor de ese peligro?... Y en vano oteaba la escarpada serranía hacia los cuatro puntos cardinales en busca de una respuesta, porque todo en torno estaba impasible y solitario en el aire frío del atardecer. Fuera de él, de los dos amedrentados perrillos y de ese pelotón de implacables enemigos que lo circundaba, no había más síntomas de vida en la quebrada que el lejano graznido de un cuervo, el cual salvaba la depresión navegando en el espacio al impulso de sus plúmbeos remos negros; pero mal habría de rescatarle ayudándole a remontarse y a trasponer con él las cumbres y los abismos.

Comprendiendo que eran las exiguas ramas del aile sus únicos apoyos en aquel apurado trance, a éstas se acogió, por más que su desnuda contorsión no lograra ofrecerle más que un disimulo precario a la temblorosa humanidad que quería fundirse en ellas.

Grotescamente, se atuvo para su defensa al pequeño arco, casi de juguete, improvisado por él mismo para cazar huilotas, coquitas o chachalacas de la montaña y dotado de sus dos inofensivas flechas, muy elaboradas por cierto. Y en la angustiosa exasperación de su impotencia, lo dispuso trémulo, escupiendo la pluma que le servía de timón a la primera de éstas para alisarla.

Con eso listo, fue tomándole sin urgencia y sa-

cudido por la emoción la puntería al mílite que precedía al más cercano de los grupos de sus enemigos.

A ellos no pareció cohibirles ese gesto defensivo del infeliz. Llegaban demasiado rendidos por el cansancio de su larga caminata para concederle beligerancia a rival de tan escasa monta. Y sólo se veían ansiosos de tomarlo preso para continuar la marcha hacia su alejado destino. Pensando que tal vez ni siquiera tuviese el atrevimiento de dispararles, siguieron avanzando, indiferentes al amago.

Por eso, ya que se hubieron colocado a unos cuantos pasos, Nieves consideró que debía hacerles una demostración palmaria de que su disposición hostil era sincera y resuelta y de que iba a afrontar todos los riesgos en el propósito de contenerlos. De modo que, perturbado por el pánico que rugía sordamente en su espíritu, les envió el primer dardo... Mas, el aturdimiento hizo que no le diese la tensión necesaria a la cuerda del arco, y la flecha partió de él sin el impulso deseado, cabrioleando en el aire y abatiéndose cuando apenas iba a la mitad de su trayecto.

Sólo le restaba entonces el otro proyectil para hacerles frente a los once adultos blancos.

Mas, sorprendidos ante la intrepidez de esa agresión desesperada, éstos decidieron detenerse. Y uno de ellos, el más cercano y que al parecer capitaneaba el grupo, le gritó en *el castilla* algo que quiso ser una exhortación afable y persuasi-

va, pero que a Nieves le sonó como un chicotazo en la soledad de la montaña:

—Baja y date por las buenas, muchacho… No queremos maltratarte.

El indiecillo no comprendió esa conminación. Ni de comprenderla le hubiera prestado fe alguna al espíritu conciliador que la inspiraba. Estaba muy bien enterado, porque era fama que recorría todos los parajes de la región *huichol*, de cuál era la monstruosa misión de estos soldados; y nada que pudieran ellos decir detendría su propósito de resistirlos. Había pasado apenas una luna desde que al otro lado de la montaña sacaron de un platanal a su primo Melquiades Atenor llevándoselo maniatado a Mezquitic, donde en vano rondaban desde entonces sus hermanos y primos esperando la oportunidad de rescatarlo del Internado en que estaban engordándole. Y viniendo de ellos, aun el más amistoso tono de voz no podía hacer otro efecto que el de sobrecoger mayormente su ánimo, induciéndole a disputarles el éxito con todas sus pobres energías.

¡Si siquiera no estuviese atado al árbol y pudiera tirarse de él y emprender la fuga!…

XXI

Una vez que comprobaron el nulo efecto de su apelación al buen juicio del chiquillo, los de la escolta siguieron adelante. Y rodearon el aile entre cuyas ramas se mantenía aterrorizada su tierna presa.

En medio de su fatalismo permeado de amargura a Nieves lo mantenían en ánimo hostil la esperanza en el arribo de sus padres y la certidumbre de que no tenía otro camino que resistirlos.

Giró sobre la rama en lo alto de la copa con la cuerda del pequeño arco tensa y listo para ser disparado el único dardo que le quedaba, amenazando con enviarlo sobre el que se mostrara más osado entre sus once poderosos rivales. Pero optó por retenerlo así, amenazante, pues sabía bien que una vez lo disparara y perdiese, aun cuando consiguiera herir con él al peor de sus enemigos, quedaría ya absolutamente indefenso a merced de los restantes.

A ellos, por lo demás, no los movió a reprimirse ese ademán agresivo. Seguían acercándose desdeñosos. Y era tal la seguridad que alentaban con respecto a lo inefectivo de aquel arma que ni siquiera preparaban las suyas para repeler la agresión. Con las carabinas en bandolera y los machetes enfundados acudieron hasta el propio árbol, formando en torno a él estrecho círculo.

El mismo que había hablado antes, insistió entonces, deseoso de evitar los rasgos brutales de la cacería:

—Apíate de ai tú solo, muchacho. Te tratare-

mos bien. Tenemos otros huicholitos como tú, y pronto estarás contento entre ellos…

Pero el chico no dio muestras de haberlo comprendido. Con los ojos dilatados por el espanto, amparaba todavía su esquivez en la copa del aile, columpiado por la flexión del extremo de las delgadas ramas y apuntando con aquel minúsculo y trémulo dardo al que intentaba persuadirlo.

—¡Sale sobrando!; no tiene lucha tampoco… —rezongó éste. Y dirigiéndose en particular a uno de sus subalternos, añadió: —Tampoco con éste te escapas, Pablo, de sacar unas cuantas mordidas y arañazos cuando te toque raparlo.

No les quedaba más remedio que recurrir a la fuerza. Y con un movimiento de cabeza le indicó a uno de los soldados que escalase el árbol.

El aludido obedeció presto, saltando de la silla de su cabalgadura a una de las ramas. Bien agarrado de ésta, tajó el cordel que tenía atado al pequeño de un solo golpe de filo con su bayoneta. Y procedió a trepar para alcanzarlo.

A medio aile se detuvo. Le alarmaba y cohibía un poco la expresión exasperada del chico y el rictus furioso que en sus ojos rubricaba la decisión con que se apercibía a disparar contra él el dardo. Cauteloso, les pidió a sus compañeros.

—Lácenlo; no sea que me dé un rozón o que me saque un ojo.

Los de abajo, que ya tenían dispuestas las chavindas, las hicieron girar en el aire antes de lanzarlas a la cabeza del muchacho con precisión, pero sin éxito. El extremo de las ramas del árbol se interponía impidiendo que las cuerdas lo aprisionaran. Y sólo consiguieron que en su afán de eludirlas, el niño distrajera su atención del que iba trepando y lo acosaba, permitiéndole ascender con mayor desembarazo.

De todas maneras, la cacería no resultaba fácil. El captor era mucho más pesado y el ramaje se cimbraba, amenazando quebrarse antes de que lograra alcanzar al pequeño, que se iba recorriendo más hacia arriba. Tuvo que proceder con cuidado.

Sin embargo, a la postre logró colocarse a su alcance y, mientras Nieves se defendía de los lazos que volaban sobre su cabeza, estirar el brazo y tomarle de un tobillo.

—Ya lo tengo —gritó entonces con magra ufanía.

XXII

Por defenderse de aquella presión hacia abajo, el indiecito hubo de soltar el arco y la flecha, prendiéndose del ramaje con todo el frenesí de sus débiles brazos. Se debatía en medio de una fiereza insospechada. Pero al descuidar el vuelo de las chavindas, una de éstas planeó sobre su cabeza y logró penetrar a través de las ramificaciones desnudas ciñéndole con la gaza sobre la nuca y bajo la barbilla.

En ese momento sonó un disparo hacia el fondo de la barranca, y la expectación de los soldados se volvió hacia allá. Era su compañero, el que había quedado custodiando a los dos pequeños cautivos, que repelía y ahuyentaba el acoso de unos parientes de éstos que habían venido siguiéndolos con la esperanza de rescatarlos. Probablemente se bastara solo. Pero el que los mandaba destacó dos hombres en su ayuda.

Los demás volvieron con su atención a Nieves, aprisionado por el tobillo y la garganta entre el ramerío.

El mismo de antes, le gritó desde abajo a uno de sus compañeros:

—No atirantes más la reata, Jelipe, que l'horcas.

Tal como estaba aprisionado, dos jalones simultáneos podían llevar al niño al suelo. Y el pavor que emanaba de su desesperanza brotó en un torrente de lágrimas y plañidos. Pero seguía prendido con una obstinación mortal a los brazos del aile, resuelto a no dejarse descender a menos que le descoyuntaran los miembros. Y clamaba su destino invocando la presencia de la madre y del padre ausentes, cuya mísera ayuda necesitaba con más apremio que nunca.

Evidentemente, los feroces *vecinos* no deseaban sacrificarlo todavía.

Confusos ante la terquedad de su oposición, permanecieron unos momentos indecisos, sin resolverse a jalar del lazo o de la pierna como hu-

bieran podido hacerlo. El que los encabezaba realizó otro intento de persuadirle, hablándole en tono y ánimo amistosos:

—Date ya, muchacho... ¿Para qué quieres que te maltratemos?... No te va a pasar nada. Sólo queremos llevarte a Mezquitic, para que te eduquen en el Internado Indígena del Gobierno junto con otros muchos huicholitos como tú, y que vuelvan de grandes a enseñarles a los suyos un modo de vivir decentemente... ¡No seas testarudo!...

Pero Nieves no entendía *el castilla*. Y traía en su atavismo una desconfianza mortal hacia la sinceridad y buena fe del hombre blanco y sus sometidos que, de comprenderlo, le hubiera impedido dar crédito a esas promesas. Estaba en sus convicciones con una contundencia inapelable la certidumbre supersticiosa de que iban a devorarlo. Y le resultaba preferible que lo matasen de una vez descoyuntándolo.

Casi lo fundía en las ramas del aile la presión del abrazo.

Abajo, la misma voz ordenaba, cambiando de tono:

—Trépate tú también, Porras, pa que cortes la rama con el machete.

El aludido obedeció diligente. Y el niño no tardó en advertir que la rama a que se hallaba acogido se estremecía abatida en su pie por los machetazos. Comprendiendo que no tardaría en

desprenderse y en ser arrastrado con ella, aflojó el abrazo e intentó brincar a la inmediata para burlar la maniobra. Mas, el soldado que lo aprisionaba del tobillo estaba atento a su proceder y aprovechó el brevísimo intervalo para jalar de él hacia abajo.

Nieves le cayó encima, y se defendía pateando y golpeándole con furor. Pero muy pronto se notó sujeto, con su cuerpecillo desnudo contra las insignias y correajes que le lastimaban y herían, y la garra del soldado del machete cayó también sobre su brazo, dominando la resistencia. El esfuerzo de su rebeldía se iba traduciendo ya en un simple sacudimiento convulso, así como en un destemplado alarido con que reclamaba la ya inútil ayuda de los padres ausentes:

—*¡Tatei!... ¡Tata!... ¡¡Tatei!!...*

Sin hacer caso de sus golpes, pataleos y mordiscos los dos soldados empezaron a descender llevándolo en vilo. Y el drama de Nieves parecía a punto de un sencillo y lógico desenlace cuando una flecha, que al parecer procedía del borde roquizo que seccionaba la ladera del cerro, vino silbando en el aire a prenderse de su garganta, enronqueciendo sus gritos hasta estrangularlos y apagarlos.

Era su padre, Catarino Timoteo, que avisado por la india había llegado a tiempo de intentar su rescate.

Pero nadie podría hacerle confesar si hirió con

toda deliberación al hijo para evitarle la ignominia de verse sometido a los odiados *vecinos*, verdugos tradicionales de su raza, o fue que les tiró a los soldados y la ansiedad hizo que equivocase su proverbial puntería, porque en la desatinada fuga con que quiso ponerse a salvo de la indignación de éstos, le iba persiguiendo una granizada de balas que acabó con sus alientos mucho antes de que pudiera hallar refugio en las intrincadas cavernas de la serranía donde moraban sus también impotentes dioses.

Los que se quedaron con Nieves se vieron asaltados por una lacerante duda escuchando el estertor del muchacho. Herido en la garganta, acaso fuera mejor entregárselo a la madre que exhibía el estupor y la desolación sobre la barrera de roca. No tenían médico en Mezquitic, y quizás ella pudiera curarle. Por lo demás, si se lo llevaban y sanaba solo, probablemente quedase mudo y no sirviera por ello para volver, una vez educado, a predicar el evangelio de la disparatada civilización atómica entre sus recalcitrantes hermanos, los inofensivos *huicholes*.

XXIII

De un indio viejo, por su pausa y dulzura habituales, se puede siempre esperar que sea un padre amoroso. A él no le indispone la irritabilidad ca-

racterística de los ancianos de piel blanca, que los torna pacientes con ellos mismos y hostiles hasta con la infancia. A los indios, les corre en la senectud por las venas un fatalismo balsámico que disuelve su malhumor en una suave y melancólica amargura.

Era *tata* Chuy Taemú de esa condición. Y su codicia por las ventajas materiales que esperaba conseguir de la ayuda de Kanamayé tomó pronto el cariz de una comprensiva benevolencia.

Hacía más de un año que vivía con él, y ya el chico empezaba a quererle y a respetarle como si fuera su verdadero progenitor.

Por lo demás, a Antonio Mijares lo había perdido de vista. Y de ello estaba franca y decididamente dichoso.

De cuantos afectos tuvo en su primer hogar, lo único que había seguido recordando con relativa frecuencia era el de su media-hermana Kopitzahui, cuya ingratitud concurría a amargarle la incierta ventura de aquellos meses. La sabía en plan de alivio de sus males gracias a la ayuda que proporcionaron los conocimientos médicos de *tata* Taemú, y la ufana y muy gustada esperanza de que acudiera a buscarle haciéndole presente su reconocimiento resultó frustrada. Aún más, se la había tropezado una única vez, en Huastita, durante una fiesta cristiana, *de violín*, sentada en el suelo con el grupo de mujeres de su padre y con todos sus hermanos, y cuando aprovechando la

circunstancia de que Antonio Mijares andaba borracho y mezclado en una danza de *matachines*, Kanamayé hizo el intento de acercarse a saludarlos, fue la primera en volver la cabeza hacia otro lado, como si no lo reconociese o rehuyera el encuentro y el saludo humilde que afloraba ya a los labios de él.

El adolescente podría comprender aquella disposición esquiva hasta en sus otros hermanastros y en las mujeres de su padre, pero no en Kopitzahui, que le debía la salud y tal vez la vida y por cuya salvación aceptó él con tan excelente voluntad convertirse en esclavo del yerbero.

Eso traicionaba de modo flagrante sus pretensiones de benefactor y el orgullo de ser útil que le endulzó la existencia y le hizo benigna la fatiga de los muchos quehaceres que tuvo que soportar. Y no podía perdonárselo.

No obstante, la depresión anímica que tal fracaso le trajo, si no acallada, sentíase equilibrar por la compensación que había ido hallando en el considerado afecto con que fue acogido en el hogar del viejo Taemú.

Cierto es que trabajaba como galeote mientras sus dos venerables *huéspedes* o patrones rascábanse a mañana y tarde las barrigas. Pero, en cambio, tocaba siempre a parte igual con ellos en el yantar cotidiano, y no le golpeaban, castigaban ni preterían por faltas o descuidos menores, sonreíanle al llegar y hasta llegaban a hacer para él un

tibio lugar en el petate matrimonial durante las noches excesivamente frías. A la vez, lo vestían con todo el lujo de aderezos que la costumbre huichol establece; el viejo no se cansaba de proclamar que Kanamayé era para los dos como un hijo; le había fabricado un violín y le enseñaba a tocarlo en los momentos de ocio; y, sobre todo, vivía con el empeño de convertirle en experto danzante, llevándolo consigo a cada fiesta de las que continuamente se celebraban en los otros pueblos, y en las que siempre era acogido con gran cariño y consideración por sus curaciones. Incluso le daba a beber *toch* y *raicilla,* y algunas veces le había permitido gozar enervándose con los ensueños paradisiacos que la masticación del *peyote* favorece.

¡¿Cómo no iba a amar al *xaye,* él, que estaba tan poco acostumbrado a esas privanzas?!...

Sin embargo, *tata* Taemú no era todavía un verdadero padre.

Presa de consternación, Kanamayé pudo descubrirlo el aciago día aquel en que se presentaron ante la choza esos *vecinos* muy bien armados, exigiéndole que les entregase al muchacho para llevárselo al Internado Indígena de Mezquitic, y él lo cedió con desagrado pero sin atisbos de la resistencia activa que era unánime en los padres de todos los demás mozalbetes *huicholes.*

En vano el indiezuelo gritaba implorando su apoyo y prendido con las dos manos y hasta con

los dientes de donde podía para resistir la fuerza de los extraños que jalaban de él.

El viejo curandero se mostraba sentido y rencoroso con los hombres blancos porque le privaban de su magnífica ayuda. Pero se diría que le estuviesen arrebatando una acémila. No daba muestra alguna de reaccionar con el sentimiento y la noble emoción rebelde, a las imploraciones del chico; mientras éste podía comprobar el desatino de los progenitores de los otros muchachos, que pugnaban por esconderlos, por hacerlos huir y solían hasta pelear con los de la escolta en el intento de rescatarlos.

La pesadumbre que con ello experimentó, se le volvió amarga. Y tuvo una clara noción de la distancia que mediaba entre el afecto de un protector y el cariño de un padre verdadero.

¿Quién podría saber si el mismo Antonio Mijares hubiera reaccionado con mayor energía en su defensa que aquel viejo Taemú que sólo parecía haber sido una ilusión mal fundamentada de sus ansias de afecto familiar?...

Y, andando el camino de Mezquitic uncido en cuerda con los demás pequeños cautivos, lloraba con un llanto silencioso, muy diferente del explosivo e histérico de éstos, no obstante que iban en ruta hacia un mismo porvenir.

XXIV

Ganada la mente infantil de los tiernos prisioneros por aquella fama muy difundida en toda la comarca *huichol*, de que este retén de soldados mexicanos, que andaba por los pueblos de los indios a la captura de niños y adolescentes en edad escolar, se los llevaba a Mezquitic para *engordarlos* y *comérselos*, habían huido por breñales y pedreríos, arañándose en ellos para eludir las manganas de sus captores. Y cuando cayeron en éstas y se sintieron aprisionar con una ruda ligazón de las muñecas, el pánico cobró entre todos relieves patéticos e iba consolidando un espanto desolado.

Mas en vano chillaban pidiendo socorro. Los familiares adultos, que compartían en considerable medida sus temores y su angustia, nada hubiesen podido contra las carabinas de los soldados. Y tenían que tragarse su cólera y su dolor.

Los padres y hermanos mayores de algunos de los tiernos galeotes de esa extraña leva seguíanlos a distancia, con paso felino y rostro angustiado, espiando inútilmente cualquier descuido de los soldados que les permitiese rescatarlos o sólo para aliviar un poco la sensación de desamparo que acrecentaba el tormento moral de los cautivos. Irían tras ellos hasta los aledaños de Mezquitic. Y habían de quedarse un tiempo rondando el encierro y haciéndoles sentir el apoyo ilusorio de su presencia expectante.

Acompañaban a los mílites dos indios huicholes *avecinados*, dos renegados adultos que, a instigación del oficial que comandaba la escolta, trataban de sosegar e infundirles confianza a los chiquillos con promesas que no conseguían despertar eco alguno en los corazones de éstos.

¡No en balde sus padres les habían predicado tanto sobre la crueldad y el engaño, que son las armas predilectas del *vecino!*... Además, para ellos, nacidos y criados en el mundo fantasmagórico de una cultura que no reconocía un solo movimiento humano que no estuviera presidido por la voluntad de un dios y que los proclamaba hijos predilectos de esas deidades omniscientes, los razonamientos de aquellos apóstatas, modelados conforme el criterio más racional del hombre blanco, carecían de valor y de poder persuasivo.

Su razón les decía que la desgracia les vino por no haberse precavido a tiempo contra esa clase de peligros buscando el apoyo de la divinidad encargada de asistirlos en ello... Y, ¿cómo admitir que los cazasen igual que a las fieras para llevarlos amarrados a educar y a enseñarles las maravillas de un modo de vida mucho mejor a fin de que, una vez sueltos, las difundieran entre los suyos, como los dos renegados decían?...

La grotesca certidumbre de que su destino iba a ser la engorda y el sacrificio seguía presidiendo los tonos desolados de su aflicción.

Y cuando, ya en el Internado, fueron desatán-

dolos de uno en uno para afianzarlos sólidamente a una silla y proceder a raparles el largo cabello, mordían y pateaban al peluquero enfurecidos, y era preciso que dos adultos vigorosos los mantuvieran inmóviles para conseguir aquel propósito que el *vecino* consideraba elemental en su incorporación al progreso, pero que para ellos invadía y atropellaba brutalmente las leyes supersticiosas más entrañables de la costumbre tribal.

La generalidad negábase a comer y a beber por algún tiempo, arañando las paredes de esa cárcel que era el Internado porque presentían afuera la expectación de sus parientes y amigos que los siguieron en la distancia y que rondaban por las noches a la espera de una oportunidad para rescatarlos de su cautiverio.

Solo Kanamayé, abrumado en su pesadumbre por la certeza de que nadie se desvelaría por él, iba enfrentándose con ese sosiego fatalista que aporta la noción del imposible a los imaginados horrores de su situación.

XXV

Entre todos los cautivos había de ser el hijo de Antonio Mijares el último en aceptar que el temor a que los devorasen era infundado. La carga de experiencias aciagas que pesaba sobre su temperamento no constituía ningún estímulo para

volverlo optimista. Las amarguras de su penoso pretérito habían tallado con cincel en su corazón las leyes de la desconfianza.

Y, paradójicamente, cuando al fin desechó esos temores, ellas vinieron a ayudarle para mantenerse más fiel que ningún otro al recuerdo de la vida entre los suyos y a la ilusión de verse de nuevo entre éstos, quizás para exhibirse más hábil que los que tanto lo maltrataron y humillaron con las nuevas armas de ingenio y de malicia que la civilización del hombre blanco le iba enseñando a manejar.

Aquel trasfondo rencoroso de sus razonamientos se consolidaba con el total olvido en que lo tenían los que formaron su familia. Pues éste le obligaba a enrojecer de vergüenza cuando, autorizadas ya las visitas por los que dirigían el plantel, los familiares de todos sus compañeros llegaban en medio de torvos recelos a comprobar que estaban vivos y se dejaban llevar por la ilusión y el alborozo al encontrarlos saludables.

No se le hubiera ocurrido anhelar la visita de Antonio Mijares. Sobrecogíale de temor el hecho simple de comparecer ante él. Pero le provocaba un amargo resentimiento la ausencia de *tata* Chuy Taemú, a quien había empezado a querer como a un padre y, sobre todo, la de aquella media hermana Kopitzahui, que debiéndole la vida le negaba hasta el saludo.

Observando, embelesado, el rostro dulce e in-

genuo de las tres hermanitas que visitaban con frecuencia al que afectuosamente le era el más cercano entre sus compañeros de cautiverio, este último resentimiento se le exaltaba. Y la ingratitud que su rudimentaria conceptuación le ayudaba a descubrir en la conducta de quien, sabiéndolo en desgracia, no acudía a retribuirle con unas palabras de consuelo por la deuda capital que con él contrajo, iba, a falta de una pasión mejor, obsesionándole.

Los otros tenían recuerdos amables para alimentar su imaginación; orgullos legítimos y méritos pueriles, pero entrañables. Él, en cambio, no encontraba en todo su pretérito un momento más digno de ser evocado con ufanía que aquel en que se sintió heroico ofreciéndose en servidumbre a lo que un nuevo amo le exigiera para salvar de la muerte a la muchacha.

Por lo demás, la vida en el Internado no le ofrecía sensaciones capaces de suplir tales ensimismamientos. Lo enseñaban a leer, a escribir, a sacar cuentas, a practicar deportes en los que su precaria constitución orgánica lo hacía incapaz, y a bailar otras danzas diferentes de las nativas y que no tenían como aquellas el estímulo de un fervor religioso que las enalteciera. E iban despejándolos paulatinamente de este influjo fatalista que, en bien de una mayor serenidad de ánimo frente a las contrariedades, proporciona la fe en los dioses providentes, sin indicarles otro modo

de superar los contratiempos... Más allá de todo esto sólo quedaba, dentro de cada pupilo, un inmenso vacío moral y el absurdo de que debían ir a enseñarles a los suyos que era posible vivir mejor, sin que llegaran ellos mismos a representarse la forma de conseguirlo.

Además, iban perdiendo con las nuevas enseñanzas esa valoración superior que la costumbre tribal concede a lo que resulta colectivamemente útil, y adquirían una certidumbre confusa de que era el sentimiento de lo individual el que por encima del bien común, merecía todos los desvelos y esfuerzos del ser humano.

Y aquello, lejos de resultarles consolador y estimulante, parecía deprimirlos bajo una creciente sensación de desamparo y de debilidad para afrontar con pericia y decoro las contrariedades de la desenfrenada lucha por la vida, cuyo rumor podía llegarles desde el otro lado de las tapias.

XXVI

Mas aún esto, sometido a una circunstancia imprevista, había de sufrir profunda mutación.

Mientras el sentido tribal de la vida pudo prevalecer entre sus compañeros, nadie osó descubrirle a Kanamayé la íntima razón de todas las amarguras de su pasado. Pero cuando las enseñanzas del plantel abrieron surco en el dormido

individualismo de los adolescentes y las primeras gestas de la competencia personal originaron esa perenne rivalidad que norma las relaciones entre los individuos de los países que se hacen llamar civilizados, el telón de aquel recato se desgarró. Y uno que sentía deseos de humillarle se lo dijo, paladeando el gozo amargo de verlo desconcertado y confuso:

—Tú ni eres *huichol* de un bien a bien... Tu *tata* jue un *vecino.*

—Mi *tata* vive en Guadalupe Ocotán —repostó él, en un esfuerzo por sentirse ufano.

—¡Mentiras! A tu *tata* lo mató el que tú te imaginas que lo es... Tu *tata* era un *vecino* que andaba asaltando gentes. Le nombraban *el Cuatrodedos.*

—Mi *tata* se llama Antonio Mijares.

—¡Mentiras! Ése no es tu padre... Ése jue, pa que lo sepas, el que mató a tu *tata, el Cuatrodedos,* y más después a tu mama.

A su madre sí. Bien lo sabía Kanamayé. Le era dado recordarlo tan claramente como si hubiera sucedido el día anterior. Pero al otro, a *el Cuatrodedos,* era la primera vez que lo oía mentar...

Mas la duda, que ya estaba sembrada, echaría a la postre raíz y brotos.

Con sus consultas y con las indiscreciones de otros muchachos y de los propios maestros iba a florecer en él el descubrimiento de toda una historia que nunca acertó a sospechar. Y esto influiría en su conceptuación con un proceso de extraña índole moral afincado en las vagas teorías de la educación mexicana.

Ya que no era *huichol* íntegro como los demás, sino *cuarterón* de blanco, de *vecino,* él podía ir colocándose ante sus compañeros, como encaramado en el pedestal de esa fatuidad que autorizaba a los mexicanos a tratarlos con un impremeditado aunque benevolente desdén. Estaba ya en condiciones de aceptar las nuevas enseñanzas sin la repugnancia instintiva que antes de entonces le hiciese difícil su digestión. Y el olvido que le requerían de la conciencia tribal y de sus máximas no iba a ser contradictorio, sino un simple derivar en sentido lógico.

A la vez, ello explicaba y casi podía justificar las amarguras de su niñez, ya que la vivió entre gente que no era la suya. No había existido el parentesco racial que los contuviese frente a la crueldad. Y la reprobable conducta bárbara de su padre, la desdeñosa indiferencia de *tata* Chuy Taemú y aun la hiriente ingratitud de Kopitzahui, que no era su hermana ni llevaba gota alguna de su sangre, encontraban, si no disculpa, por lo menos explicación. Y a la inversa de los otros, que cada vez se iban sintiendo más desarraigados de su pretérito y más temerosos de una futura incompatibilidad con los de su raza, empezó a alentar con vigor creciente el afán de salir de allí equipado con un atesoramiento de habilidades egoístas

para retornar entre los *huicholes* de la sierra no sólo a hacer escarnio de su sencillez y su sano primitivismo, sino para retribuirse con saña criminal de todas las amarguras que les debía.

En su imaginación, aturdida por la edad y los complejos, los indios iban convirtiéndose en sus enemigos. El hombre que mató a su madre no era más que un simple asesino. El viejo que lo compró a tan bajo precio, un explotador inmoral de su esfuerzo, de su conducta respetuosa y de su noble voluntad. La joven que le debía la vida y que no supo agradecérselo, una indiezuela necia e ingrata, a la que tal vez un día le cobrara Kanamayé el precio justo de su proceder. Y aquel *Cuatrodedos* casi mítico, con el que había descubierto una relación de sangre que trastornaba todo su pasado, la víctima de la sevicia y la traición de unos indios irresponsables..., a la vez que un héroe de temerarias epopeyas al que sólo hubieran podido matar, como lo hicieron, por la espalda.

Lo que Kanamayé iba conociendo de las hazañas del forajido encajaba fácilmente entre las aspiraciones a la excelencia sugeridas por su nueva educación. Fue emprendedor, audaz hasta la intrepidez, batallador valiente, hábil para acumular riquezas y perfectamente independiente en sus actos, como los héroes de todos los textos del Internado.

Poco a poco, iba tomando cuerpo en su voluntad el propósito de emular sus proezas en cuanto saliera de allí.

QUINTA PARTE

XXVII

Seis años de internado en una institución docente pueden desvirtuar el rigor de las más acendradas costumbres tradicionales y hasta influir profundamente una conceptuación moral y ética; pero no trasmutan un temperamento. Éste nace con el hombre y se modela y consolida durante su primera infancia. Después, no hay prédica que lo aherroje ni amenaza que lo cohíba. Él sabrá avenirse a todas las circunstancias, pero sin desvirtuar su naturaleza. Es ya dueño de su dueño y nadie lo desalojará de allí.

Los jóvenes *huicholes* de Mezquitic retornaron a la libertad con un criterio empavorecido por vergüenzas y contradicciones. El propósito de volver entre los suyos para predicarles el evangelio de una absurda civilización superior, aquella que los secuestrase, anonadábalo una clara certidumbre de resultar incomprendidos y calificados de apóstatas. Además, ansiaban vivir esa civilización extraña, cuyos adelantos materiales los deslumbraron, mucho más que imponérsela a los que llevaban el odio y el prejuicio atávicos en

contra de sus desalmados procedimientos. Y, defraudando todas las esperanzas de los educadores, desdeñaron la sierra indómita y se fueron a los pueblos mexicanos a ejercer sus flamantes oficios en la artesanía.

Así, iban a comprobar que los avatares de la vida práctica entre el hombre blanco estaban siempre en contradicción con las enseñanzas que en sus escuelas impartía. Allí ejercían el profesorado hombres lúbricos y borrachos que se expresaban contra los vicios de la lujuria y la embriaguez, y que hablaban elogiosamente de la generosidad mientras se humillaban serviles ante el egoísta enriquecido. Antes, pues, de volver entre los suyos, sinceros y consecuentes con unas creencias y doctrinas por las que ellos habían aprendido a sentir un desprecio involuntario, irían adaptándose a aquel clima social donde la ley se acata en tanto que no se descubre el modo de violarla en provecho personal y eludiendo el riesgo de los castigos que establece.

El único que en lo más recóndito de su corazón guardó hasta lo último el propósito de restituirse a la sierra cuando llegara el momento fue Kanamayé. Pero éste ya no se consideraba *huichol*. Y no volvería con el espíritu evangelista que pretendieron infundirle; sino al impulso de aquellas rencorosas amarguras que anhelaban venganza.

La fiera individualista que la educación a base de una cultura de proyecciones occidentales des-

atara en su interior, alimentaba la explosión de sus pasiones en la gran carga de resentimiento que traía en su memoria. Había perdido el respeto a las autoridades y leyes de los indios, sin asimilar la devoción por las de los mexicanos, en las que ni sus propios mentores confiaban sinceramente. Y no tenían por qué arredrarle los sacerdotes y gobernadores de su pueblo, cuyo poder estriba en la supuesta sabiduría que les confiere la posesión de un buen puñado de plumas, porque había aprendido que incluso él podía volar como los mismos pájaros utilizando uno de esos aeroplanos, obteniendo de primera mano y de fuente más original, el dominio de aquella posible sapiencia.

Proporcionáronle un puñado de pesos y las herramientas de carpintero indispensables para el desempeño de la artesanía en que lo volvieran docto. Y, con ello cuidadosamente envuelto dentro de una muda de ropa que también le dieron, se despidió del personal del Internado, tomando las sendas que conducen a la comarca *huichol* de la Sierra Madre.

Mas, en cuanto se vio solo, su gesto se endureció y cambió de rumbo en busca de veredas que pudieran llevarle a la región mestiza de Santa María del Oro.

En su voluntad no se hallaba claramente definida la razón que le inducía a tomar esa ruta. Un turbio mar de proyectos inconclusos se agitaba dentro de su imaginación. Y acaso fuera el

afán de empaparse en la leyenda de las hazañas de su progenitor, aquel misterioso *Cuatrodedos*, para darle temple al impulso rencoroso que pugnaba por trazarle su mismo destino.

Era largo el trayecto a pie hasta Santa María del Oro. Largo y desolado. Senderos sinuosos reptantes por un páramo polvoriento que dejó sobre la convexidad de las estribaciones montañosas la irresponsable y mortal codicia del hombre civilizado por la madera de los árboles indefensos que alguna vez las revistieron. Rutas sin cultivos marginales. Piedras escuetas. Y, sólo de tarde en cuando, manchones de un bosque caduco, amenazado por la tala y la erosión, reverberante de sed y martirizado bajo los rayos de un sol abrasador. Y el trazo de mil cauces de arroyos exhaustos, tributarios extintos de algún río fangoso y cansado hacia el que descendía, desafiando el precipicio, un ansia sitibunda de la maleza orillera.

En el primer pueblo malbarató su instrumental de carpintero, que no iba a necesitar. Ello reforzaba su fortuna en monedas y lo aliviaba de peso.

Entonces simpatizaba con los *vecinos*, cuyo mestizaje creía compartir. Y extrañaba la fatuidad insolente con que lo acogían al descubrirlo indio y en respuesta a su saludo y a la intención de compartir con ellos sus provisiones. Su hipersensible delicadeza indígena resentía en carne viva los de-

saires. Y empezaba ya a predisponerle en su contra un odioso afán de ironizar a costa suya y con cualquier pretexto.

Comprobando que había perdido esa virtud *huichol* de recorrer a pie enormes distancias insensible a la fatiga y al cansancio, empezó además a experimentar envidia de verlos encaramados sobre los lomos de una mula o de un caballo. Pero el frágil proyecto de adquirir con su dinero un matalote que le sirviese de cabalgadura, lo desvanecieron las circunstancias.

Los hábitos civilizados que en el plantel escolar de Mezquitic aprendió habían mutilado la eficacia de sus recursos ingeniosos para arrebatarle el sustento al bosque, y necesitaba para adquirir su comida todas las monedas que llevaba. Ya no acertaba a ventear y a perseguir un enjambre para robarle la miel; amedrentábanle por espinosos los árboles cuya fruta se le ofrecía en tentación; y las iguanas, las guásimas y los ahuilotes no conmovían su apetito... Hubo de recurrir a las fondas de los ranchos y parajes. Y éstas, en cooperación con los merolicos que vendían ungüentos y pociones maravillosas en los mercados y con los traficantes en "milagros", medallas y escapularios benditos que se colocaban a las puertas de los templos, le vaciaron muy pronto los bolsillos.

Tuvo que dominar la envidia y que seguir a pie su dilatado camino.

Producto de las enseñanzas laicas del Interna-

do, llevaba además ahora un vacío de recursos supersticiosos acogotándole el ánimo. Algo que, al infundirle la certeza de su irremediable pequeñez, hacía que se sintiera flaco de energías para soportar el choque de las contrariedades ordinarias.

Los múltiples dioses benévolos, o iracundos pero susceptibles de ser congraciados, de su religión nativa, lo habían ido abandonando; y fuera de un falso prejuicio de razón, nada poseía para suplirlos. Ellos, que vigilantes y solícitos protegen cada paso de los errabundos huicholes haciéndole seguro, se habían derrumbado en su condición evidente de patrañas. Y ya no le daba el buen *Chacán* la mano para librarlo del peligro de las aguas al salvar el vado de un arroyo o río, ni era capaz de escuchar como antes, en el murmullo de la corriente, el canto dulce de *Tatei-Ja-Urima* infundiéndole alientos. Tampoco le confortaba el susurro amigo que, batiendo ramas, prodiga *Tzacaimota* al que atraviesa el misterio de sus bosques. Ni le era posible recordar la gran ayuda que en la adversidad hubiera podido obtener del padrinazgo de *Aramara*, al que fue consagrado de pequeño. La grata *Tatei-Jautzi-Cupuri* del rocío matinal, que antes acariciase sus espaldas desnudas con un tenue frescor, se había vuelto cruel y penetraba ahora a través de la camisa de manta para atormentarle en las madrugadas con las punzantes agujas del frío. Faltábale, además, la

asistencia del hermano *Jículi*, ese magnánimo *peyote* que masticado es fuente de euforia, vigor, salud, bienestar y sabiduría; cayado del peregrino y puntal del desfalleciente; solaz del triste y deslumbramiento del ensimismado… Y hasta *Tayao*, el padre sol, más grande y más entrañable que todos los otros dioses, parecía haber descubierto en la delgadez de su epidermis la condición de apóstata de los venerables usos de sus hijos queridos, los *huicholes*, y se complacía arañando con furor en ella hasta levantarle ampollas y escoriaciones.

XXVIII

Aquel encuentro tuvo lugar cuando, rendido Kanamayé por el cansancio de una larga caminata, se disponía a acampar cerca de los linderos de un bosque, pasando la noche a descubierto.

La primera noción de la presencia de su víctima se la ofreció el reflejo de unas ascuas mortecinas, rescoldo de la fogata donde el desconocido debió asar la cecina que estaba comiendo y calentar el café con el que se la empujaba y hacía circular por el gaznate.

Los tizones, al pie del árbol y entre las piedras, brillaban como haciéndole parangón a las estrellas. Pastando en un claro, no lejos de allí, divisó a la mula colorada, con sus dos remos delanteros unidos por una soguilla que le hacía caminar a

brincos y le evitaba extraviarse. Y, por último, pudo distinguir al hombre, que acomodaba al pie de un peñasco la montura y la frazada improvisándose un lecho en tanto que remolía los últimos bocados.

El concierto de los grillos llenaba con su rítmica algazara todos los ámbitos del bosque.

Kanamayé se le acercó con paso tardo, como si le sugestionara y atrayese el grato olor de la carne tatemada que se percibía flotando en la atmósfera fría. Y el hambre que le formaba nudos en las entrañas, dio origen a una esperanza mendicante de que le fuera ofrecido algún pedazo de cecina para hacer con él y las dos tortillas duras que por toda provisión traía, unos tacos que regalasen su paladar y confortaran su estómago.

El viajero lo descubrió con recelo, aunque sin sobresalto.

Era fácil comprender por su actitud que hubiera preferido pasar la noche a solas que en aquella sospechosa compañía. Pero portaba al cinto una pistola y no iba a ponerle histérico esa contrariedad.

Tratábase, tal vez, de uno de esos buscadores de minas trashumantes que recorren el páramo y el bosque de las serranías mexicanas con todos los sentidos obstinadamente atentos a la naturaleza de cada pedrusco, y asistidos en su vagar sempiterno por el ángel de la guarda de una ilusión de enriquecerse a prueba de contingencias y de desengaños. Trasunto magro de aquellos con-

quistadores a los que cuatro siglos atrás hipnotizase el fulgor áureo que resplandecía en los socavones de cada montaña, son seres que parecen nacidos para esto, y que llevan como motor la codicia y como ley la perseverancia. Jamás alcanzan la fortuna. Pero junto con las piedras que abarrotan su morral, portan siempre el convencimiento ilusorio de que ya tienen descubierto un fundo de fabulosa importancia, y que no han empezado a explotar por alguna razón ajena a todo lo previsible. Y ello le sirve de coraza a su obstinación, y para justificar, ante aquel que deplora o hace befa de su tozudez, los fracasos de una inútil ilusión de toda la vida.

Son, pues, personas de criterio profundamente occidental. Y, por ello mismo, detestan al indio; pues no pueden comprender que viva sobre una porción de inevitables tesoros mineros y desdeñe la oportunidad de trabajarlos dominado por el fatalismo o la abulia... Y, a la par, porque es de lo peor que se puede encontrar como jornalero cuando deciden emplearlo en los avatares de su indómito afán explorador.

Pero no hubiera podido descubrir, a primera vista, que aquel aborigen de pantalón de dril y camisa de céfiro a rayas fuese un *huichol* genuino.

Lo malició, no obstante, por la humildad de la súplica cuando, parado a unos diez metros de él y con el sombrero en la mano, después de un confuso *"güenas nochis"* el joven le dijo:

—Quién sabe si me quiera empriestar su lumbrita pa calentar unas tortillas.

—Ándale… —consintió él de mala gana, pero incapacitado para negar tan mezquino servicio.

Mientras Kanamayé se acercaba a las ascuas, inclinábase sobre ellas y procedía a soplarlas para avivar su rescoldo, el viajero concluyó el arreglo del lecho. Y posponiendo su intención de acostarse a reposar, vino hacia el indio, que colocaba sobre la lumbre las dos tortillas viejas extraídas del *tanate*, para quedarse observándolo.

—¿Qué andas haciendo por aquí? —lo interpeló, al cabo.

—Voy de camino.

—Ya lo maliciaba —comentó zumbón— …Pero ¿para dónde?

—Pa Santa María del Oro.

—Si Dios te da licencia —completó sardónico y exhibiendo su superioridad. Luego proseguiría indagando: —¿Eres de por allá?

—No. Soy de la sierra… Pero tengo allí un asunto.

El extraño se consideraba entendido, y al parecer lo era. Con esas escuetas noticias y con contemplarlo un poco más, le vino certera la sospecha. Quiso confirmarlo:

—¿Eres *huichol*?

—Dicen… —consintió Kanamayé al filo de un titubeo.

—Ya me latía… Aunque se vistan como uno,

ustedes no se confunden… Y tú eres de los legítimos. Te sale, como 'hora dicen, lo cimarrón por la piel.

Molesto Kanamayé por aquel tono insolente, estuvo a punto de replicarle que con todo y eso, él no era *huichol* completo, sino *cuarterón* de blanco por parte de su *tata*… Pero no lo hizo; por abulia y porque deseaba apagar aquel interrogatorio sobre generalidades insustanciales para darle opción a formular la oferta de un pedazo de tasajo… El hombre debía tener más provisión en las cantinas y no iba a dejarle comer secos y solos, sin siquiera el condimento de unos granos de sal, aquellos dos duros *totopos*.

El minero, sin embargo, se mantenía atento al propósito de confesarlo:

—¿Y desde onde vienes?

—De pa lejos —repuso Kanamayé, aferrado a su laconismo.

—Pos sí… Pero hay de lejos a lejos… ¿De onde mero?

—De Mezquitic.

—¡Ajá!… Hora caigo. Seguro fuiste de esos que arrean pa'l Internado dizque pa hacerlos gente —comentó con amarga ironía—. Vaya… Pos traes largo el camino pa venir a pie. Sólo ustedes, los *huicholes*, que son como chivas pa trepar por esas sierras. ¡Y eso que tienes las patas cascorvas! …¿O es porque te pusieron zapatos?

Al muchacho le sonaban un tanto brutales y

despectivos aquellos conceptos con que el otro quería hacer ingeniosos sus comentarios. Iba sublevándole el dejo de procaz ironía que de ellos rezumaba. De seguro su interlocutor se atenía, en su impertinencia, a la flamante pistola que le colgaba del cinto.

Entonces el indio se dispuso a mordisquear la primera tortilla vacía... Pero no pudo reprimir el impulso cortés de ofrecerle la otra a su confidente.

Éste la rechazó con un ademán despectivo. Y Kanamayé resintió más el desdén que lo que hubiera sentido la pérdida del bocado.

El minero, por su parte, no pudo ya seguir ignorando la necesidad de corresponder a esa disposición generosa. Y fue al lugar en donde había acomodado su hatillo en busca de algo.

Kanamayé esperaba verlo regresar con el anhelado pedazo de cecina. Y se sorprendió, en medio de un desagrado indeciso, al comprobar que lo que traía era una botella de mezcal.

—Así, solas, saben a forraje —comentó—. Anda; ayúdalas con un trago.

Durante los seis años de estancia en el plantel educativo de Mezquitic, Kanamayé había abandonado el hábito de beber, que en la desaprensión de las costumbres tribales contrajo desde pequeñito. Los profesores pontificaban con un gran énfasis sobre lo nociva que resulta la embriaguez, como si sólo los indios tomaran, y los libros re-

machaban esa conceptuación mediante largas catilinarias. Y por más que a través de las tapias del Internado podían ellos descubrir que el pueblo estaba lleno de expendios que vendían legal y desaprensivamente la bebida y que en más de una ocasión les fue dado presenciar la llegada de sus propios mentores desde ligeramente ebrios hasta totalmente borrachos, tuvieron que aceptar por bueno el antialcoholismo.

Sin embargo, y por lo expuesto, su convicción en este sentido era precaria. Y más de una vez se le había ocurrido reflexionar, sobre la marcha, que acaso fuera el vino un apreciable sustituto del *peyote* para afrontar las penurias y vicisitudes de la caminata. De modo que entonces, burlando su esperanza de complacer el estómago hambriento, tomó de regular talante la botella que el viajero le ofrecía e ingirió un buen trago de ella, dándole las gracias en un carraspeo.

El aguardiente le cayó mal. Y ello inspiraba una resuelta disposición de volverle la botella, eludiendo nuevos tragos aun a riesgo de aparecer descortés. Pero el hombre no lo comprendía y se mantuvo obcecado en que siguiera bebiendo:

—¡No me vas a decir que no lo apeteces!... —adujo, sardónico, y aludiendo sin duda a la generalizada flaqueza *huichol* por los embriagantes.

—Pero es que no comí... Y no me caí.

—Luego te compones. Ésa es la mejor medicina para todo mal, y truje esa botella pa que nos la

acabemos... Sólo que no fueras lo suficiente hombre.

Y con alusiones que tendían a soliviantar su amor propio, fue obligando al indio a ingerir dos tragos por cada sorbo que tomaba él.

XXIX

La bebida asumiría, a la postre, su natural función. Ya que la repugnancia consiguió ser dominada, el estómago de Kanamayé se fue asentando, y empezó a recibir con gusto los frecuentes tragos. La sensación del hambre se le iba volviendo confusa, y no quedándole otro recurso que desoírla, se desatendió de ella para dedicarse a salvaguardar aquella dignidad acosada por el criterio del anfitrión, que estimaba la falta de aptitud para tomar como prueba de flaqueza en la virilidad de su hombría.

Una vez que se acabaron el contenido del recipiente eran buenos amigos. Y asistido por la confianza que de ello trascendía, el buscador de minas resolvió que debían dormir.

Estaba Kanamayé un tanto trastornado por la embriaguez. Y mientras escarbando en el pedregal, cerca de la lumbre, hacía su lecho, asaltóle la trágica ocurrencia. Al conjuro de ella todas sus emociones se sumergieron en los arrebatos de una extraña y todavía desconcertada excitación.

Diríase que el presentimiento de lo que iba a suceder obraba por cuenta propia, sublevando el rencor que fungiría como pretexto y como factor determinante en el impulso criminal. Sus ideas, aunque nebulosas en lo intrínseco, sentíalas más ágiles, claras y precisas a merced de la borrachera, e iban presentándole aquel camino como el único transitable que le dejaba la fatalidad.

La noche estaba a medias y el bosque y el barranco profundamente solos, inmersos en el marasmo cómplice de la quietud.

El viajero se había quedado dormido y roncaba con estruendo, delatándose a su merced y antojo. Y poseía unas cantinas con provisiones, una pistola resplandeciente, una mula vigorosa y bien enjaezada para seguir el camino confortablemente instalado sobre sus lomos y con toda probabilidad un buen puñado de monedas en el bolsillo; en suma, todo lo que estaba necesitando Kanamayé para trazarse los preliminares de su proyectado destino.

Los tragos del fuerte licor habían despertado una serie de oscuros impulsos que la contraposición de dos culturas distintas y contrahechas dejó en el fondo de los sentimientos del joven indio. No le era posible razonar conforme a las enseñanzas del Internado en un mundo que frustraba con sus procedimientos la aplicación de aquellas saludables teorías; ni quedaba mucho en él del pacífico y aplastado *huichol* capaz de compartir

los bienes con los suyos sin el suplicio de codicias insensatas y desatinados egoísmos. La fiera individualista, libre de una razón moral que la maniatara, se paseaba y rugía incitándole a admitir que la astucia y la combatividad constituían los únicos elementos capaces de ayudarle a escalar los sitiales del mérito.

Iba camino de Santa María del Oro, cansado y a pie, sin una moneda en los bolsillos y sin otra cosa en el estómago mordido por el hambre, aparte de las dos tortillas duras, que unos guamúchiles y guayabas silvestres que, por verdes, escaldaron su paladar. Le llevaba el propósito de escuchar, de alguien que las conociese, el relato de las hazañas de aquel padre *vecino* recién descubierto, para buscarle en ellas inspiración a su propósito de emularlo y de vengar con la violencia los agravios recibidos de los indios. Cuando, de súbito, la fuente de todos los recursos que para ello le eran necesarios presentábasele accesible bajo la figura de este hombre fatuo, tan antipático y temporalmente sumergido en el sueño, tan a su entera merced.

¿Cómo apartar tal hecho de su imaginación?

La idea siniestra, colocada allí por sabe Dios qué numen obstinado y perverso, surgía contra toda prevención elaborando sus planes. E igual que un cáncer, iba extendiendo sus tentáculos con el fin de apoderarse de aquella voluntad indecisa.

Se preguntó lo que en una situación tal hubiera hecho José de Jesús Ángeles, su supuesto padre... Y la respuesta brotó sobreentendida. Éste nunca debió sentirse blando. Si se había echado a asaltar por los caminos, y necesitaba el arma, la caballería y el dinero, ¿por qué había de titubear?

Pero a medida que su propósito se consolidaba, sacudíalo más hondamente un temblor de pánico. No era, a buen seguro, del temple de aquel progenitor imaginario... Y, sin embargo, la necesidad de cometer el crimen no parecía tener escape.

El viajero continuaba abismado en su sueño fatal.

Él no disponía de la protección de un dios *Jículi* que velara por su seguridad y lo despertase en medio de gran sobresalto al descubrir los pensamientos de Kanamayé. Y éste podía tomarse una o dos horas más para redondear su decisión y sobreponerse a la flaqueza.

La sórdida lucha moral entre todo lo que fue y todo lo que se obstinaron en lograr que fuera iba a culminar en lo esperado.

Seguro del profundo sueño del minero, el indio se incorporó yendo a buscar un peñasco de aristas cortantes y de casi unos veinte kilos de peso. Levantólo en alto entre sus manos y con él sostenido en vilo, transfigurado el semblante por una rígida expresión de espanto y las piernas sacudidas por el terror, volvió paso a paso, acercándose con toda la prudencia que una cautela instintiva

le dictaba, hasta situarse precisamente encima del que debía ser su víctima.

Allí se mantuvo por un rato, oyendo vacilante y tembloroso cómo el concierto de los grillos elevaba su diapasón hasta vibrarle en los tímpanos... Y tal vez no se hubiera resuelto a no ser porque algo indefinible inquietó el sueño del que dormía, obligándole a removerse como si estuviera a punto de despertar.

Entonces, las cuerdas de la tensión emocional reventaron en Kanamayé con el temor de verse descubierto; y anticipándose a esa posibilidad aterradora, el peñasco fue a dar con furia mortal contra la cabeza arrebujada en la cobija.

Un pataleo estertorante aportó el anuncio de que el proyectil había cumplido su misión. Y la quejumbre, aunque ensordecida, hizo enmudecer al grillerío.

Irritada con ello la consternación histérica del asesino, un frenético deseo de acabar con su macabra hazaña le indujo a tomar de nuevo el peñasco y arrojarlo una y otra vez sobre la cabeza del agonizante, hasta que se fue apagando el estertor de éste y todo quedó inerte dentro de la frazada empapada en sangre.

Los grillos volvieron a chirriar para tranquilizarle. Pero las tinieblas cómplices de la atrocidad parecieron impregnarse, al trasluz, del resplandor rojizo de su angustia. Y aumentaron la pavura en el ánimo desconcertado del indio...

Dueño de una pistola flamante y jinete en una mula apacible y andariega, Vicente Mijares, Kanamayé, no aparentaba ser el mismo cuando prosiguió su marcha por los senderos del páramo.

XXX

AQUEL primer acto criminal había cerrado con chapa de sólido acero los umbrales de su proyectado destino de forajido dejándolo adentro. Y no le quedaba margen alguno para rectificar.

Por otra parte, arribó sin contratiempos a Santa María del Oro. Pero al iniciar allí sus pesquisas, nadie le pudo aportar un juicio favorable en torno a la personalidad de aquel que había llegado a creer su padre y cuyas proezas estaba resuelto a imitar.

Se cuidó de divulgar que era hijo suyo. Presentía que resultaba más prudente consentir que lo tomasen por *huichol*, como todos parecían extrañamente obcecados en hacerlo. Y cuando interpelaba a alguno sobre la condición del asaltante, indefectiblemente le respondía, atento primero que nada a su aspecto y a su procedencia:

—¡Harto lo conocieron los tuyos!... Nomás se llevaba haciendo daño: y por allá mero tenía sus guaridas y sus comederos.

Desconcertábase y le producía un incipiente malestar que todos estuvieran acordes y tan segu-

ros sobre su pureza racial, y que nadie lograse advertir en sus rasgos faciales alguno familiar de aquel que presuntamente lo engendró, y por quien preguntaba con tan inusitado y póstumo interés, o indicios siquiera vagos de su mestizaje.

Por otra parte, no existía corrido popular que cantase las hazañas de *el Cuatrodedos,* como él había aprendido que lo tuvieron tantos otros bandoleros sanguinarios en los que el vulgo creyó descubrir algún rasgo generoso. Y hasta la casa donde había nacido la derribaron. No quedaban tampoco familiares suyos en Santa María del Oro, pues amedrentados por la pésima fama que su nombre dejó, o emigraron desde años antes a tierras lejanas o negaban el parentesco.

Su característico laconismo no iba a ayudarle mucho a Kanamayé en esa pesquisa.

Quizás mostrándose más locuaz o persistente en el diálogo hubiera encontrado alguno que le debiese favores al salteador y que se expresara de su conducta con el elogio y la benevolencia que se atrevió a esperar encontraría.

Pero pronto corrió la voz de que se trataba de uno más entre los ilusos que solían llegar en busca de los supuestos tesoros que siempre corre fama de que dejan enterrados los bandoleros muertos. Y empezó a vérsele por unos con amistosa comprensión y por los otros con franca misericordia.

Esto le ayudaba a no incurrir en sospechas.

Pero él hacía sólo una pregunta y la respuesta era unánime en el repudio y en el recuerdo:

—Fue de muy mala condición ese hombre que mienta… —sentenciaba uno.

—Hizo muchas fechorías por todo esto —asentaba otro.

—Que Dios lo haiga perdonado; pero aquí dejó muy malos recuerdos.

—Era de mal alma.

—Jue un hombre muy dañero.

—Nomás de oírlo nombrar se me enchina el pellejo —iban advirtiendo los demás.

¡Tal resultaba ser su héroe de leyenda!… ¡El que esperaba instituir en paradigma de su futura conducta!… Al que un destino, fatalmente iniciado ya, le obligaba a emular en sus actos y en sus correrías hasta toparse en buena pelea con la muerte…

Cuando, sorprendidas por la reiteración de su interés y por la inexplicable permanencia del extraño, las autoridades *vecinas* de la población empezaron a fijarse más de la cuenta en Kanamayé, éste resolvió abandonar la indagación, saliendo de Santa María del Oro en busca del único superviviente que le informaron quedaba de cuantos compusieron la cuadrilla de aquel padre incomprendido o de tan malos recuerdos, pensando que debía vengarlo también cometiendo tropelías entre estos mestizos que se expresaban de él con semejante dureza.

XXXI

Cierta tarde transida de modorra, con un sol declinante lanzando el manantial de sus rayos ardorosos sobre las espaldas del muchacho y la grupa de la mula, entró por el único callejón de la ranchería de La Hondita y se detuvo ante la segunda de sus chozas.

—¿Vive aquí don Filigonio Pérez? —preguntóle a una niñita parchada de mugre que jugaba con un gato macilento al pie de los quicios.

—Es mi *tata* —repuso.

—¿Y on ta?

—Jue por los güeyes al potrero grande.

Se apeó para esperarlo, tomando asiento en un pedrusco, al amparo de un guamúchil por cuyas ramas trepaban ya las gallinas.

La niña entró en la choza. Y, poco después, el joven indio pudo ver que salía de ésta una mujer que lo observaba con recelo.

—¿Qué se le ofrecía? —indagó, al cabo, desde lejos.

—Platicar con don Filigonio.

La mujer estuvo estudiándole un ratito. Luego adujo, introduciéndose en el jacal:

—Si gusta esperarlo... A lo mejor ya no dilata.

Pero muy poco después la niñita salió corriendo y se perdió calle abajo.

Filigonio llegó con ella cosa de una hora más tarde, cuando el sol se había enterrado en el ocaso y unas estrellitas madrugadoras empezaban a parpadear en lo más alto del cielo. E hizo que la muchachita se adelantase.

Era menudo, muy moreno, con perfil de tejón y ojuelos de raposa. Venía montado en un asno flaco y arreando dos bueyes cornalones. Y del fajado de su calzón de manta colgaba, zangoloteante, una pesada coahuayana.

Nubló el ceño al descubrir a Kanamayé.

La mujer le salía al encuentro para prevenirle:

—Te precuran.

Filigonio hizo un rodeo para no acercarse demasiado al joven. Y, apeándose por el otro lado del pollino, protegiéndose tras él y fingiendo que iba a quitarle el albardón o a aflojarle la cincha, le preguntó:

—Usté dirá pa qué soy bueno.

Incorporóse Kanamayé adelantando unos pasos para ir a darle la mano, en tanto que le explicaba:

—Pa Santa María del Oro me dijeron que usté era de los que anduvieron con el tan mentado *Cuatrodedos*...

El ceño de su interlocutor se nubló más todavía. Eludía las miradas directas y lo espiaba echándose el sombrero sobre los ojos. Todo él estaba tenso, aquejado por la zozobra y la desconfianza.

Hacía algunos años que no se pronunciaba aquel nombre en su presencia. Y lo consideraba de todo punto preferible, pues los recuerdos que

de sus correrías con el forajido conservaba no hubieran podido prometerle ni la menor de las consecuencias favorables.

—No es exacto —repuso con desgana, y esforzándose por aparecer flemático.

Kanamayé se sintió desconcertado. Advertía el recelo de Filigonio y deseaba decirle algo que lo disipara.

—No es por mal que le pregunto…

—No es exacto —repitió el otro cortante.

—Yo soy —adujo el joven con torpeza— nativo de Guadalupe Ocotán… Mi mama era *huichola.*

Y pudo descubrir que, al oírlo, su requerido se prevenía incontinente, acercándose al tronco de un árbol tras el cual protegerse y disponiendo el machete en forma tal que lo tuviera lo más a mano posible.

—Antonio Mijares —prosiguió—, el indio *huichol* que dizque era mi *tata,* fue el que mató a ese señor, *el Cuatrodedos.*

Al escucharlo, la turbación del que le oía subió más de punto todavía… Pero como no advirtiera en el muchacho el temido ademán de acercar la mano a la pistola que llevaba al cinto y callase en espera de un comentario, fue sobreponiéndose y acabó por rebelarse a aquel equívoco:

—A lo que por ai cuentan, lo mataron en buena pelea los hombres del capitán Becerra…

—Eso mismo me dijeron en Santa María del Oro… Pero mi *tata,* que era *huichol,* volvió a

Guadalupe Ocotán dando razón de que él lo bía matado, y con un pedazo de sus vergüenzas pa muestra.

El otro lo escuchaba fingiendo no mirarle, como absorto otra vez en su tarea con la cincha del asno. Estaba atento y se iba haciendo luz en su cerebro, pues recordaba bien aquello de que un indio, que anduvo en acecho durante la última batalla, había mutilado el cadáver por razón de una venganza.

—Mi *tata* Antonio Mijares —prosiguió Kanamayé con igual flema— andaba ispiándole pa matarle porque abusó de mi mama una tarde en el *coamil*… Hora, venido a ver, mi *tata* Antonio Mijares no fue de un bien a bien mi *tata*…, porque ultimadamente se vino a aclarar que yo era hijo de *el Cuatrodedos.*

Filigonio sintió un primer alivio. Lo miraba de frente.

Y adujo:

—Pos no le sacó mucho el parecido.

—¿Entonces usted conoció al señor?

—Sí —tuvo que admitir turbado—. Lo conocí… Pero no jue más de una pura conocencia. Yo no anduve con él en sus daños… José era valiente y se ocuparon veinticuatro soldados pa ultimarlo… Y era *güero*… y colorado… y grandote.

—Seguro yo saqué a mi mama, que era *huichola* —hizo observar Kanamayé, reconociéndose magro y renegrido, y con la sensación del halago incipiente por hallarse al primero que le recono-

cía méritos a su padre. Luego, consideró: —Usté, al menos, lo respetaba... No que todos los otros a quienes pregunto me dicen que no era más de puro bandido.

Filigonio permaneció unos instantes mudo. Luego, insistió:

—Era valiente... —Y recordando que con toda probabilidad él formaba parte de los que sujetaron, durante la escena del abuso, a la que debió resultar madre de su visitante, buscóle un desahogo a la confusión añadiendo: —Pero, ¡pa que más que verdá!, también era abusivo con las viejas... Y más pior con las indias.

Cierta latente amargura se le volvía sólida a Kanamayé en la garganta con el recuerdo de aquella Lupe Kuyertzituxa que murió amparándole.

Ello enflaquecía su decisión y le tornaba irresoluto. No supo qué decir.

Filigonio parecía entonces el menos turbado. Y fue el primero en romper aquel silencio cargado de inconfesables recuerdos.

—¿Y qué lucha lo trai por aquí?

—Ésa nomás. Saber la historia de mi verdadero *tata*.

Su confidente se abismó por breves minutos en otra cavilación preñada de cálculo. Y así que consiguió exprimir de ella una consecuencia, expuso pertinaz:

—Pues ya le digo. No es cierto que anduve de dañero con él. Y no le puedo ayudar como de

deveras me daría gusto hacerlo... Yo apenas lo conocí, y no le puedo dar razón de nada.

XXXII

Pero ya se la había dado. Le dijo que *el Cuatrodedos* era un valiente. Y esto fue lo primero que en favor de aquel padre desconocido podía escuchar Kanamayé.

Por lo demás, esa simple virtud de la valentía parece que fuera de sobra por sí sola para conseguir que un hombre encajase no únicamente en la relevancia, sino en los patrones del mérito más elevado. Se lo gritaban al indio todas sus experiencias y conocimientos de los dos mundos en que viviese.

La temeridad había sido la única de las grandes cualidades humanas reconocidas por los primitivos códigos éticos de su tribu que ni en las enseñanzas del Internado *vecino* ni en la conceptuación vulgar de los mestizos y criollos con quien tratase pareció perder su brillo. Con todo y ser la *huichol* una tribu tradicionalmente rebelde y por consecuencia hasta belicosa, quizás le concedieran los mexicanos atribuciones de mayor excelsitud a ese rasgo de carácter, pues siempre resultaba el primer plafón en el adorno ditirámbico con que engalanaban a sus héroes, y parecía constituir la virtud fundamental y de más énfasis en el

enumerar de los *corridos* populares que cantaban la gesta de cada caudillejo local. La valentía purificaba a un hombre de todo lo reprobable que pudiera haber en su conducta, autorizándole a sentirse orgulloso y digno de entrar por los umbrales de la leyenda aunque no llevara otros méritos consigo.

En el ánimo de Kanamayé estaba, además, algo estrictamente personal y muy capaz de multiplicar el valor de aquel sobreentendido: su genuina cobardía.

Tal vez no fuera un cobarde nato. Pero sí una víctima de un acendrado complejo de terror que adquiriese naturaleza y consistencia en su temperamento durante los amargos días de su infancia, atormentada por su indefensión frente a la brutalidad de su padre *huichol* y por aquella pávida necesidad de acogerse al amparo del pecho y del regazo materno para escapar a las golpizas.

Acaso el hecho mismo de ir en busca de Filigonio lo moviera en su subconsciente, más que la necesidad de saber algo de su otro padre, una esperanza vergonzante de hallar en él, curtido por los azares de la profesión de bandolero, escudo contra las flaquezas de su presencia de ánimo y un preceptor osado y paternal que lo guiase y protegiera en las hazañas que había decidido acometer. Pero, aun después de que a lo largo de una más serena conversación llegaron a entenderse, lo encontró irresoluto, agobiado por la desilusión,

los recelos y la cobardía y ajeno a todo deseo de arriesgar los precarios beneficios de su vida pacífica.

Le invitó a cenar y a dormir aquella noche en su casa, por imponérselo así un elemental deber de hospitalidad, ya que lo buscaba apadrinado por su parentesco con viejos amigos y correligionarios. Mas, cuando Kanamayé le confesó sus propósitos, lejos de darle aliento, pasóse las horas afortinado en el empeño de hacerle notar la evidencia de que las armas de la tropa del *vecino* son en la actualidad demasiado poderosas para desafiarlo con simples carabinas y pistolas, y que su pretensión de reverdecer las hazañas de José de Jesús Ángeles tenía todo el cariz de un desatino en regiones comunicadas ya por carreteras mediocres y contra soldados que se desplazaban en veloces camiones o en raudos aeroplanos, los cuales iban pertrechados con bombas y con ametralladoras portátiles, de una desconcertante capacidad de fuego.

—¡Es como dar dado!... —repetía.

Si acaso podría, con muy buena fortuna, merodear un corto tiempo por lo más profundo y escabroso de la Sierra Madre, donde las comunicaciones no existían aún. Mas, ¿para qué; si por allá no quedaba nada estimable que *avanzar*?...

Tal aluvión de pesimismos desalentó no poco a Kanamayé, a la par que le permitía ver lo cercano que se encuentra el arrojo de la alevosía.

Pero él ya estaba sobre el carril de la delincuencia desde que mató al buscador de minas, y era demasiado tarde para volverse atrás.

Al fin y al cabo su objetivo no se cifraba en la intención de enriquecerse mediante un fácil latrocinio, como aparentemente era lo único que Filigonio resultaba capaz de concebir, sino en verse famoso y renombrado como lo fue el que había llegado a creer su padre, y mientras tanto buscar un desquite por lo que, al matar a su madre y al no saberlo comprender a él, lo lastimaron los miembros de su tribu.

Había mucho de desconcierto sentimental y no poco de un indudable origen morboso en los dos planes que resumían esta venganza: el de raptarse y violar a Kopitzahui para vengar su ingratitud de cuando le salvó la vida y procurarle con ello un tormento moral a Antonio Mijares, a quien, por sabe Dios qué oscuros prejuicios o temores no se atrevía aún a pensar en atacarlo personalmente; y el de asaltar la casa y las posesiones del viejo *tata* Chuy Taemú, para despojarlo de las riquezas que acumuló con su ayuda y por no haberle sabido defender como lo hicieron los padres de todos sus compañeros cuando se lo arrebataron los *vecinos*.

Y consideró, a la postre, que para ello se bastaba solo.

Así pues, no muy seguro de sí mismo, montó en la mula después de darle las gracias a su anfitrión por todas las atenciones y, camino de Guadalupe Ocotán, se internó en la sierra acariciando la pistola que llevaba al cinto.

Pero le iba zumbando en los oídos la última advertencia de Filigonio, que usando ya un tono metafórico para que mejor lo entendiese, pugnaba aun por restituirle a la cordura:

—Mejor te quitas de la cabeza esas ideas... De lejos todo se ve facilito... ¿Ves aquellas sierras lejanas? La bruma y la distancia las vuelven azules; pero nomás métete en ellas y vas a ver que son un puro y pardo erial; ¡puritita pelonera!...

SEXTA PARTE

XXXIII

Doroteo Kutzule cantaba su triste invocación a *Vérica huimali,* el águila real y madre que sostiene el mundo huichol suspendido de sus garras y distiende sobre él el manto de su plumaje azul, bordado de estrellas, cuando Kipitzahui salió de su choza para dirigirse al monte.

La ronca voz del *shaman* rebotaba con tonos de bajo profundo en la meseta. Aunque el cansancio de la triple desvelada y la ofuscación de la borrachera habían vuelto mecánica su voluntad de proseguir con el canto, éste no pareció perder del todo su melodía. Y el vigor le era fiel hasta el extremo de penetrar por la lejana arboleda, que se contorsionaba ante el asedio de la brisa con ademanes de púdico rechazo.

Todos los hombres del pueblo y los que habían llegado de los ranchos inmediatos para tomar parte en las ceremonias estaban en torno al *calihué;* danzando pesadamente, dormidos en el suelo o soñolientos y sentados sobre unos cantos redondos, pero consistentemente borrachos.

Hasta el rudimentario tambor de madera resa-

cada en el que Doroteo iba procurándole el acompañamiento a su canto ritual había enronquecido después de tres noches y sus días de incesante redoblar en inútil solicitud de lluvia. Y su incansable *toto toroto, toto toroto...* se escuchaba lóbrego, sirviendo de fondo, junto con el sol rojizo del amanecer, al canto lentísimo del indio.

Kopitzahui llevaba su hijito a cuestas. E iba en busca de la manada de chivos de su marido que, partícipe de la general borrachera, había abandonado éste, y que tal vez hubiese mermado ya la amenaza siempre presente del *yagüi.*

Envuelto en trapos y sostenido por el *chikure* de la india, el pequeño *tegüi* se arrullaba con la cadencia monótona del tambor y del canto, los cuales parecían formar parte del paisaje a fuer de mostrarse tan persistentes. Y dormía feliz, acurrucado como en un segundo vientre, al cálido contacto de la espalda de su madre.

Cuando ésta traspuso el bosque y salió de nuevo al herbazal, el *xiau* zumbante de unas codornices se levantó a su paso, yendo a perderse entre el ramerío de salvia de una barranca.

Aunque la lluvia no había llegado hasta la región, más arriba, por el rumbo de la sierra del Venado, la diosa de las nubes occidentales debió escuchar las voces de los sacerdotes indios que la invocaban, descargando sus abundantes cántaros en los *coamiles* de las laderas, pues el Chapalagana bajaba undoso, turbio y rugidor, dilatando

la membrana transparente de sus flecos en un inquieto afán táctil de escalar los flancos de su profunda cuenca.

Kopitzahui se introdujo en un segundo bosque de coníferas y fue a salir, por el otro lado, a un claro, buscando la manada de chivos en el peñascal que coronaba el borde del barrancón abierto por el río.

Entonces la sobresaltó el distante rugir de un puma.

Pero, considerando que la fiera debía hallarse al lado opuesto de la corriente y demasiado lejos para que pudiera amenazarlos y alarmada en su intención de preservar a las cabras por lo que en cuanto a riesgos sugería aquel siniestro rugido, prosiguió avanzando con mayor urgencia.

El *kiurxu* agorero planeaba plácidamente sobre su cabeza, describiendo pausados círculos.

Kopitzahui se alegró viéndolo, porque era muy sabio y desde allá arriba podía ver e indicarle el lugar en donde pastaba su rebaño. Sabíase una oración para invocar su ayuda en ese menester y, sin aflojar el paso, empezó a recitarla con voz de tono cantarín:

Kiurxu memana eaká,
empresta moveli
memana eaká
*neponieri morxá**

* Se traduce poco más o menos así: "Gavilán que en el aire flotas/presta tu plumaje/para flotar también/y ver mis chivas".

Ni el gavilán le prestó sus plumas ni realizó movimiento alguno que pudiera orientarla sobre la posición del rebaño. Pero el primero de los animales de éste no tardó en aparecer al otro lado de unos matorrales. Y tras él fue localizando a los demás, completos y desparramados por una depresión del terreno.

Se acercó jubilosa... Mas, al ir arrimándose pudo descubrir que estaba cerca de allí una mula ensillada, atada al tronco de un arbusto. Y se sobresaltó, porque le resultaba desconocida y no podía imaginar quién fuera su dueño.

Detúvose a cavilar una decisión. Y, dominada por el temor estaba a punto de tomar la de volverse, cuando un hombre joven, ataviado como mestizo y al que sobrepasara sin advertirle tras unas matas, se le acercó cortándole el paso.

Kopitzahui quiso rodearle y huir hacia el pueblo. Pero él estaba en buena posición para interceptarla y fue vencida al primer intento. Quedaron ambos cara a cara, jadeantes y contemplándose con expectación.

Una vez repuesto inquirió él:

—*¿Kipititahuá?*

Hallábase ella demasiado medrosa para responderle con diligencia. Demoró, pues, unos instantes la contestación, aprovechándolos para remover el *chikure* en torno al cuello, de modo que el *uchi* le quedase por delante y mejor amparado contra su pecho. Luego repuso:

—Kopitzahui.

—¿Eres de Guadalupe Ocotán?

—*Eri.*

Él le dirigió entonces una mirada curiosa al niñito, cuya presencia anticipaba el cariz de la respuesta. Pero, queriendo estar seguro, indagó:

—¿Te casaste?

—*Eri.*

—¿Quién es tu marido?

—*¿Ne acuna?...* Pancho Timul.

—¿Viven hora en Guaynamota?

—*Eri.*

A medida que iba advirtiendo en los inquietos ojos de ella el susto que la embargaba, un caudal de simpatía afectuosa se colaba en el ánimo de Kanamayé suscitando recuerdos de la niñez que estaban perdidos en su memoria.

Con la simple presencia de Kopitzahui, todas sus ideas y resentimientos cedían de la obstinación; y empezaba a gravitarle sobre el entendimiento la sospecha de que éste era su mundo, el mundo del que nunca debió salir y contra el cual había ido forjando estúpidamente su condición de enemigo gratuito.

Tal corriente de fácil comprensión amenazaba anular el propósito que lo llevara.

Y a punto de ceder de su insolencia, casi con el ánimo de que ella aplacara de una vez, mostrándose efusiva, la razón artificiosa de su hostilidad, inquirió anhelante:

—¿No me recuerdas?

Kopitzahui levantó unos momentos la cabeza, mirándole por primera vez a la cara. Pero, o la traicionaban sus recuerdos o la seguía influyendo la imperiosa exigencia de su padre, que cuando se deshizo de Kanamayé estableció para todos los suyos la obligación de comportarse con el joven como si nunca hubiera existido. Repuso, mientras volvía a humillar la mirada:

—*Tirxei.*

Y esta rotunda negativa fue igual que un latigazo que, fustigándole en el cachete, desplomara de un golpe aquel sentimiento conciliador que había ido alentando en las emociones de Kanamayé.

XXXIV

Volvía a encontrar un pretexto la agresividad y nuevamente se consolidaba su dominio. Debiéndole la vida, ni siquiera resultaba capaz de reconocerle.

—¡Mejor! —resolvió su desengaño. Y dijo incisivo: —Te estaba esperando...

Kopitzahui pudo advertir el retintín amenazante que latía en aquel aviso. Y se dispuso para un nuevo intento de escapar. Pero él la aprisionó de un brazo mientras le advertía:

—Es mejor que no juigas pa que no te maltrate... Y que dejes al *uchi* a'i al ladito, en el suelo...

Mirábala fija y ansiosamente, tratando de consolidar el impulso brutal que estuvo a punto de desvanecerse.

No necesitó ella preguntarle lo que se proponía. Su instinto de mujer pudo leerlo con sólo una ojeada fugaz, en aquel extraño brillo lascivo que comenzaba a relampaguear en la mirada del mozo. Quiso gritar. Y esto le precipitó en la violencia.

Después de taparle la boca con una mano, Kanamayé la empujó hasta derribarla de espalda en el suelo. A horcajadas sobre ella, deteniéndola con la cara interior de las rodillas contra el flanco de sus caderas, se dispuso primero a arrebatarle la criatura, que firmemente amparada entre los brazos de la india estorbaba sus propósitos.

Mas tal intención desató en la actitud de la joven madre una insospechada fiereza, lo cual la indujo a morderle las manos a él a la vez que a estrechar al hijo con mayor energía contra su corazón.

En el forcejeo, el *uchi* había despertado, volviendo la cara angustiada hacia el agresor. Luego rompió a llorar asustado y fue a acogerse de nuevo contra el pecho convulso de su madre, cuyo frenesí se acentuaba con la inutilidad de sus esfuerzos por desprenderse de la presión que la atenazaba. La resolución de Kanamayé volvía a verse combatida por varios impulsos contradictorios. Y la presencia del rostro atribulado del pequeñuelo fue un incidente más que contribuyó a col-

mar su incertidumbre. Todo en la actitud de esa criatura venía a traerle a la memoria el recuerdo de los años de su infancia, en que también él buscó desesperadamente el amparo del seno de una madre heroica mientras en el rostro colérico de Antonio Mijares tomaba forma la tormenta que se disponía a descargar sus iras sobre ellos. Y la visión del amor conque Kopitzahui se aferraba al *uchi* iba evocando con vívida crudeza la tragedia de esa madre suya que tanto amó, y que era todavía el único ser humano que conservaba un santuario intocable en sus sentimientos.

Como esto lo ablandaba en su rudeza, tuvo que tomarse un respiro.

Para justificarlo, le dijo a la joven mujer que jadeaba trémula y dolorosamente apresada contra el suelo:

—Quiero que sepas quien soy... ¿No me recuerdas?... ¿No recuerdas a Kanamayé?

Ella pareció sobresaltarse muy escasamente. Estaba muda. Acaso lo había reconocido de antemano y esta noticia no podía sorprenderla.

—Sí; Kanamayé... —recalcaba él, preso de histeria— ...El que se dejó vender pa que te aliviaran de los vájidos... ¡Tú me debes la vida!...

Kopitzahui parecía presentir que el mozo flaqueaba; y eso le aportó cierto sosiego. Volvió la vista para quedársele mirando con fijeza y sin acritud. Y cuando él le permitió hablar, vino considerando, con cierto reproche y en un murmullo:

—*¡Ne moatzi!*

—¡Mentiras! —gritóle el agresor luchando por excitarse—. No soy tu hermano… Hora sé que el *tata* no me quería porque yo era hijo de *el Cuatrodedos.*

Pero mientras iba explicando esto, su atención se había quedado prendida en el rostro de la india, que lo miraba con sereno desafío. Y empezaba a confrontar, con una nueva angustia incipiente, que existía mucho de familiar en su fisonomía. Algo que antes de entonces no pudo advertir en el semblante esquivo de Kopitzahui, y que era una expresión particularmente suya, de Kanamayé; que él había podido contemplar infinidad de veces en su cara reflejada en el espejo del Internado y en el agua de los remansos de los arroyos sobre los que se inclinaba para beber… Estaba allí, definitiva, a sólo un palmo de sus ojos. Y la exclamación de la india, *"ne moatzi"*, le zumbaba cada vez más fuerte en la cabeza.

Tratando de recobrar la voluntad agresiva que iba volviéndosele por momentos lacia, cerró los ojos y se dispuso a reanudar el ataque.

—*¡Ucarach tamaica!* —murmuraba con forzado arrobo, como buscando en la mentira de su excitación el necesario estímulo.

Mas ella se defendía entonces con eficacia. Y cuando, al cabo de mucho pelear, la musculatura del hombre iba consiguiendo imponerse y estaba casi a punto de tener éxito en su forcejeo

por arrancarle de los brazos al niño, ella mordió con ferocidad una de su manos, hasta hacerle chorrear sangre.

Transido por el dolor, el asombro movió a Kanamayé a abrir de nuevo los ojos. Y pudo descubrir ahora, en el rostro ordinariamente dulce de Kopitzahui, cierto gesto de furor que vino a sobresaltar en él un pánico absurdo. Era la expresión, preñada de un odio siniestro, que tantas veces viera en la faz de Antonio Mijares cuando lo miraba a él… Y su temperamento, batido por los complejos, obedecía a esa evocación reaccionando puerilmente con el mismo pavor que atormentase los ya lejanos días de su infancia. Puede ser que resultara extraño. Pero se trataba de un terror irreflexivo, somático, que se le introducía en el ánimo paralizando todos los resortes de su voluntad acometedora y volviéndole temblón y lacio en lo moral y en lo físico.

Nada era posible así. Y quedó desarmado.

La víctima se percató de que la ocasión le era favorable. Y haciendo un supremo esfuerzo lo arrojó de lado, para zafarse y salir huyendo.

También él huyó, cuesta abajo, aturdido como si lo persiguiera su propio desconcierto, hasta llegar al arroyo y tenderse de bruces sobre el ribazo, buscando en las aguas con desesperación el reflejo de su semblante para confirmar de una vez el parecido.

Mas el caudal iba turbio y se lo negó.

XXXV

KANAMAYÉ recorrió la distancia hasta San Sebastián Teponaxtlahua por senderos sin huella. Entonces era un fugitivo también de los suyos, pues tenía por cierto que Kopitzahui lo delataría ante las autoridades de la tribu por aquel intento de violación.

Acudía ahora en pos de *tata* Chuy Taemú, pero ya sin propósito vengativo alguno.

El viejo fue, aparte de la madre asesinada, el único que quiso brindarle un afecto, por más que lo rompiese tan de improviso cuando lo entregó sin resistencia a los soldados *vecinos*. Teníasele por sabio, enterado y veraz. Y él podría decirle mejor que ningún otro si era india o mestiza la sangre que llevaba en sus venas.

¡*Tata* Chuy se lo diría!...

Cruzando un rancho casi solitario, le buscó conversación a una india vieja que le daba de comer. Y su plática acentuó más todavía aquella duda cuya resolución iba pareciéndole fundamental antes de dar otros pasos para trazarse un destino.

Le había dicho:

—Pos, por más que me asigure que no es de por aquí, yo estoy en que le da un aigre a una familia de Guadalupe Ocotán que conozco.

¿Era entonces *huichol* Kanamayé? ¿Lo habían engañado estúpidamente sus compañeros del Internado Indígena de Mezquitic?... ¿O fue que la gente pensó mal y que su padre Antonio estaba equivocado?...

Tal vez *tata* Chuy Taemú se lo aclarase. Y si, como empezaba ya a creerlo muy seriamente, llevaba lo indio en un cien por cien dentro de su sangre, poco importaba que el viejo lo entregase a los jefes de la tribu para que le hicieran purgar aquel delito que estuvo a punto de cometer con su hermana... Por lo menos, le quedaría una humanidad entre la cual buscar equilibrio y acomodo.

Deliberadamente, llegó de noche a San Sebastián.

Como los ancianos duermen poco, el *xaye* estaría despierto. Y quizás así le fuera posible a él pasar un poco inadvertido.

Mas, al ventearlo, los abundantes perros del chocerío armaron gran alboroto. Y no le quedó otro remedio que desafiar el peligro de que lo apresaran los *topiles* antes de realizar su propósito, atravesando por entre los jacales a cuyas puertas habían salido sus habitantes para investigar los motivos de los ladridos.

Nadie le interceptó, sin embargo.

Y pudo llegar hasta el jacal del que había sido su amo, apeándose de la mula para asomarse a sus umbrales con ademán resuelto. Tenía a flor de labio el saludo con que se proponía advertir al *tata* de su presencia, cuando escuchó una voz velada que desde lo oscuro le decía:

—¡Juye!... ¡¡Juye!! ... ¡Te están esperando!...

Reconoció la voz del viejo en aquellas palabras misteriosas. Pero casi le dejó indiferente el apremio que las inspiraba.

—¿Es usté, *tata* Chuy? —inquirió.

—Sí; soy yo... Te esperaba y te devisé desde que doblaste el camino al pie de aquel guayabo —repuso la voz con desasosiego— ...También te esperan otros pa ponerte preso, y mejor juyes, que pa estas fechas ya te han de ber devisado.

Pero a Kanamayé lo dominaba un sino fatalista. Y repuso:

—No le hace que me cobren lo que de bien a bien debo... Vine a verlo a usté pa que me dé razón de un asunto, y no juiré hasta que conteste mi pregunta.

—Juye; no seas tarugo.

—Hasta que usté me de l'informe.

—Ya volverás después; cuando se marchen.

—No. Ocupo saberlo hora, porque no sé ni de mí con esta duda... Dígame; ¿soy *huichol* de bien a bien o soy *cuarterón* de *vecino, tata* Chuy?

Apenas había concluido de formular aquella pregunta cuando escuchó a sus espaldas un rumor de pasos. Dos manos vigorosas caían ya sobre él sujetándole el antebrazo, en tanto que una tercera le arrancaba del fajado la pistola. Y como si contestase a su urgido requerimiento, una voz ronca, de mestizo, le advertía en castellano y muy de cerca del oído:

—Eres Kanamayé... Te andábamos buscando... Date preso y no alborotes.

—¡Te lo dije!... ¡Te lo alvertí!... —repetía el *tata* Chuy desalentado.

Sus aprehensores resultaron ser dos policías mexicanos. Y esto le produjo serio desconcierto, pues esperaba que le capturasen *topiles* indios para castigarle por el intento de violación incestuosa con Kopitzahui. Mas, su perplejidad no iba a durar mucho. La disiparía con un comentario frío el que, mientras el otro le ligaba sólidamente las muñecas, había ido a examinar la mula.

—Ni duda cabe. Las señas de la pistola y la mula coinciden. Son las que le robó al muerto... Y puede que sea mejor que nos lo llevemos desde ahorita.

El que lo ataba debió sentirse de acuerdo. Le dio un empellón para que caminase hacía la caballería.

Kanamayé comprendió que no tenía mucho tiempo disponible. Y aún le arrebataba el afán de conocer lo que acudiera a preguntarle al *xaye*. Caminando ya, llevaba su cabeza vuelta en dirección a la choza y seguía insistiendo exasperado y tesonero:

—Contésteme mi pregunta, *tata* Chuy... ¿Soy *huichol* o soy *vecino?*

—¡Qué importa hora!... —repuso el viejo, cuya silueta se arrastraba hacia el umbral del *kihí*.

—Importa más que nada... ¡Contésteme, por favor!...

Al anciano le sublevaba su rencor hacia el hombre blanco y la necesidad de hallarle cauce a una protesta contra la injusticia de aquel destino adverso que parecía pesar sobre el muchacho. Y, sordo a la súplica, se abismaba en sus rezongos:

—Ansina es con todos los que llevan. Si por un acaso güelven, no tardan en estar de nueva cuenta por ellos, dizque porque dejaron allá pendientes con la justicia... ¿Pa qué los arrean entonces?... Aquí no salen dañeros... Va pa seis años que esos mesmos te llevaron a fuerzas pa enseñarte una vida mejor; y hora te llevan pa castigarte por lo que hicieron de ti con sus enseñanzas...

El joven no tenía tiempo de meditar en ello. Estaban subiéndole a los lomos de la acémila para emprender el camino hacia la cárcel de los civilizados, donde lo iba a rumiar a su sabor por largos años. Y aún clamaba obstinado, indagando sobre su condición racial:

—¿Qué soy, pues, *tata* Chuy?

El viejo lo caviló unos momentos. Y, al fin, vino a formular en tono desalentado algo que tal vez constituía la respuesta a aquellos apremios:

—Lo más pior que podías ber sido, m'hijo: hora eres un indio *avecinado.*

Lo oscuro de la noche se tragó las sombras de los tres jinetes, filtrando el lento e irónico aplauso

de los cascos herrados de las bestias al batir sobre un tramo pedregoso del camino.

Esa bruma que vuelve azules las perspectivas se había teñido de negro.

VOCABULARIO

aisi coamet: saludo huichol de despedida que expresa algo así como "Sé prudente".

Aramara: nombre que los huicholes dan al mar, considerado por ellos como una de las deidades benéficas más importantes, pues los ayuda en la pesca y en la caza y les envía las nubes occidentales que riegan sus plantíos.

arroba: término arcaico que los huicholes usan mucho para referirse a todo lo que consta de veinticinco unidades, ya que la arroba equivalía a veinticinco libras. Es muy usual porque equivale a cinco veces cinco, o "una mano de manos", y ya que estos indios procuran emplear siempre que les es posible ese guarismo, el cinco, en sus transacciones, pues se tiene entre ellos por cabalístico y afortunado.

avanzar: en sentido figurado equivale, entre los mestizos, a robar.

avecinado: se le dice con desprecio al indio que se deja influir y convencer por los hábitos y razones del *vecino,* o mexicano occidentalizado, de parte de los propios huicholes.

bramadero: palo a pique al cual se atan los delincuentes de la tribu para flagelarlos cuando se considera que merecen castigo.

caechi: raíz de una planta cuyo jugo venenoso sirve a los indios para envenenar sus flechas.
calihué: templo de la religión nativa, donde celebran algunas de sus ceremonias, de estructura muy semejante a sus casas o chozas habitación.
coamil: voz mestiza de origen náhuatl para el rudimentario plantío de maíz efectuado en agujeros cavados con coa por las laderas fragosas de los cerros donde no podría trabajar el arado.
Cuararé: diosa de la religión nativa que tiene su santuario en la fuente de la cueva Te-acata, donde preside los bautizos.
cuarterón: voz mestiza que se aplica a veces por la de mestizo o cruzado.
cuexcomates: aztequismo de uso entre los huicholes, y que se refiere a una rudimentaria y pequeña edificación de piedras sobrepuestas donde guardan las mazorcas de maíz contra las ratas y otros animales. También le dicen *cuxcomates.*

Chacán: dios huichol de los ríos.
chapa: voz que designa entre los huicholes el árbol del género *ficus* que los mexicanos conocen por zalate. Suele concedérsele entre ellos carácter sagrado, pues se supone que uno de ellos señala el punto donde se bifurcan los caminos que han de conducir a los muertos de cada raza a sus respectivos *Mucchitas* o paraísos.
chikure: camisa suelta de manta, algunas veces muy bordada, que usan las indias.

equipal: voz mestiza para una silla cuyo asiento descansa sobre una base circular, formada con astillas livianas y cierta goma vegetal grosera pero muy eficaz. Asiento y respaldo son de cuero curtido, y a veces los decoran con pinturas o dibujos pirograbados.

fiesta de violín: celebración de origen cristiano entre los huicholes. En ella las danzas suelen representar pantomimas de la época de la Conquista, y las ameniza música de violín, instrumento que se considera de origen mexicano, a diferencia de lo que sucede con las fiestas o danzas autóctonas que tienen una motivación reverencial hacia los dioses nativos y suelen amenizarse con teponaxtles y chirimías.

guámaras: frutas de un arbusto silvestre de sabor desagradablemente ácido, pero que tanto los indios como los mestizos suelen comer. Es el *xocoyoxtle* azteca.
guásima: árbol maderable de no gran tamaño.
güero: voz mexicana por rubio, o por lo menos de tez blanca.
güina: pequeños ácaros que se clavan en la epidermis humana produciendo un vivo ardor.

huicholes: indios mexicanos de la rama nahuatlana que habitan una parte de la Sierra Madre Occidental en los estados federales de Jalisco, Nayarit y Zacatecas.
huicá: voz huichol relativa a coa.

Ikuyarezacá: nombre de mujer entre los huicholes que puede traducirse por "mazorca tierna".

Itzucame: voz del dialecto huichol para el Gobernador aborigen que todos los años eligen los ancianos de la tribu.

jacal: voz mexicana por choza o chamizo.
jején: mosquito de tierra caliente, muy pequeño y sumamente molesto.
Jiculi: voz huichola reverencial para el peyote, al que se le conceden facultades de dios magnánimo, observándose complicados rituales en su honor cuando van en su busca.

kaapuc: tiene el valor de duda o negación.
kipititahuá: voz huichola que se usa para preguntar: "¿Cómo te llamas?".
kiurxu: gavilán.
Kopitzahui: nombre huichol de mujer que puede traducirse: "mariposa amarilla".
Kutzule: culebra roja.
Kuyertzituxa: nube blanca.

mano: término muy usual entre los huicholes para expresar la cifra cinco. Hay tal reverencia por ese número, que se considera que un matrimonio está convenientemente completo hasta que el hombre consigue cinco esposas, aunque sólo una de ellas tenga carácter oficial. Por supuesto, lo de "mano" se refiere a que ésta tiene cinco dedos, y siendo entre ellos sólo cinco los numerales, las cuentas por cantidades mayores se sacan por el número de "manos".
mariacán: sacerdote oficiante en los ritos de la religión huichol.

matachines: se dice de los danzantes cuando bailan representando temas posteriores a la Conquista.
Metzere: la Luna, considerada por los huicholes como madre de todos los dioses y esposa de *Tayao,* el Sol.
Mucchita: voz huichol que representa su concepto del más allá; una especie de paraíso donde la caza es fácil y donde sólo los muertos huicholes van a parar.

Nacahué: la abuela o ancianita, deidad madre de las plantas que mora bajo la tierra y cuyos emisarios son los topos, tuzas y ardillas.
ne acuna: mi marido.
ne moatzi: mi hermano mayor.
neponetzíhueri: me siento triste.
neticuani: come de eso.
nieri-cayá: tejido de pochote o fibras duras que pretende representar la cara de un dios, y que los huicholes tejen para dejarlo como ofrenda a las divinidades cuya ayuda invocan.

oká: mujer en huichol.
okui: voz huichol para lagarto.
otate: voz mexicana, una especie de bambú.

peyote: pequeño cacto mexicano que se da en lugares semidesérticos y que al ser masticado o tomado en infusión provoca una sensación placentera de fortaleza y autodominio, así como una visión distorsionada y colorida.
peyoteros: los que todos los años van en busca del peyote, en medio de un ritual de matices religiosos para halagar a esa planta que consideran uno de sus

más benéficos dioses y reverencian con el nombre de Hermano Jículi.

petate: voz mestiza para la estera trenzada de espadaña que sirve de lecho.

pinole: maíz tostado y molido.

pochote: la fibra que reviste el fruto de la ceiba, a la que también denominan así. Con esa fibra tejen géneros vastos o la usan a modo de algodón.

raicilla: mexicanismo que designa un aguardiente que se extrae de la llamada palma de San Antonio, burdamente destilado pero con alta graduación alcohólica.

ras-coamet: saludo huichol con significado de "¿Cómo estás?".

taec: padre en huichol.

taemú: rana en huichol.

tanate: voz mestiza para la bolsa donde llevan el bastimento.

tapexte o *tapeixte:* cama generalmente de envarado, sobre la que tienden el petate.

tata: mexicanismo por padre.

tatei: madre en huichol.

Tatei-Ja-Urima: literalmente Nuestra Madre la del Agua que Corre, diosa huichol de los arroyos y ríos.

Tatei-Jautzi-Cupuri: Nuestra Madre la del Alma Fresca, diosa huichol del rocío matinal.

Tatutsi vistehuarit: dios huichol de la niñez.

Tayao: el dios sol, padre de todos los dioses.

Te-acari: el mundo o su representación en un tejido de estambre.

Te-acata: cueva sagrada para toda la raza huichol, cerca de Santa Catarina, y en la que brota la fuente de la diosa Cuararé, cuyas aguas tienen carácter lustral.

tegüi o *tehui:* pequeñuelo o niño en huichol.

tejuino: bebida de baja graduación alcohólica hecha de maíz fermentado.

tenancha: mujer encargada de los adoratorios en la religión huichol.

timules: palos a pique que sostienen una techumbre.

tirxei: negación.

toch: aguardiente de baja graduación, casi cerveza, que los huicholes destilan por métodos muy primitivos.

topiles: alguaciles o policías de la autoridad autóctona.

totopos: tortillas de maíz endurecidas.

Tzacaimota: deidad huichol de los bosques.

ucarach tamaica: frase cariñosa que expresa "muchacha bonita".

uchi: muchacho en huichol.

uchi tegüi: muchacho pequeño, niñito.

vecino: voz mexicana que usan los huicholes con sentido despectivo para referirse a los mestizos y blancos.

Vérica huimali: el águila real, que es uno más de sus abundantes dioses.

xaye: anciano en huichol.

xaydcate: alguno de los ancianos que ostentan la dignidad de consejeros de la tribu en sus funciones administrativas.

xurí: término huichol para la llamada flor del tigre.

yagüi: voz onomatopéyica con que designan al coyote.

ÍNDICE

Primera Parte 9
Segunda Parte 42
Tercera Parte 65
Cuarta Parte 78
Quinta Parte 111
Sexta Parte 142

Vocabulario 158